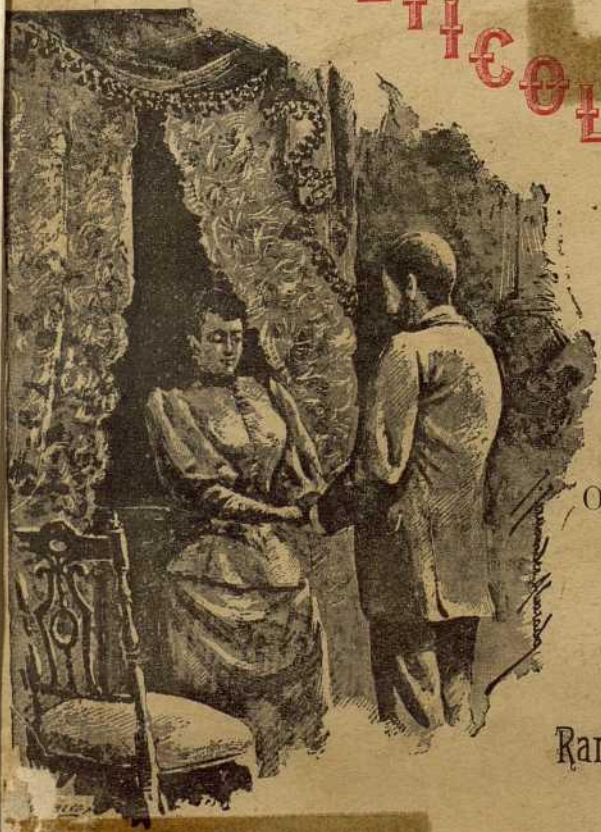
85-2

MULTICOLORES



ARTÍCULOS

ORIGINALES

DE

Ramon A. Urbano

Dos pesetas.

MADRID.
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Gerónimo 2

MÁLAGA.
LIBRERIA DE HIJOS DE J. G. TABOADELA
Calle Molina Lario 1

1892

860-82
URB
mul

MULTICOLORES

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

MULTICOLORES

COLECCIÓN DE ARTÍCULOS ORIGINALES

DE

Ramón A. Urbano Carrere

R. 17.787

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

1892

TIP. DE EL DIARIO DE MÁLAGA
Niño de Guevara, 2

A mi distinguido amigo don Antonio Ramirez y Guzmán, eximio periodista.

Su afmo.

El Autor.

CACERÍA DE RED

Ustedes no le conocían, pero yo sí; veíale diariamente, sentado delante de la mesilla de zapatero, clavando la lezna con maña ó tirando del cabo con fuerza. Era el tio *Rubiato*, él en persona, maestro de obra prima muy á su honra y satisfacción. Ocupaba un zaguán en la carrera de Capuchinos, y romendaba tanto, y hacia tantas remontas, que apenas si le quedaba tiempo para leer las gacetillas de *La Unión Mercantil*, ó para cuidar su soberbia percha.

Y no crean Vds., por Dios, que la tal percha era la serie de garabatos y puntillas donde colgaba el maestro su ropa de dia de fiesta, no: la percha era el conjunto de jaulas

cuadradas, donde vivían encarcelados y contentos, segun podía colegirse por el trinar constante, unos escojidos pájaros que oficiaban de reclamos en las cacerías semanales.

Porque, eso sí, el tío *Rubiato* salía de caza solamente los lunes, para honrar de esta manera la fiesta del famoso patrón del cerote.

Había en la percha cuatro casilleros de pino, largos y con sus divisiones correspondientes, en cada uno de los cuales veíanse las jaulitas por cuyos alambres asomaban los diminutos picos de chamarises y de jilgueros.

Cuando se oía un *tipirichí* agudísimo y al par sonoro, ya se sabía quién lo cantaba: el mixto.

¡Pero qué mixto! No lo hubiera dado el *Rubiato* ni por dos mil *riales*.

Pues ¿y cuándo el sol se dignaba entrar en el portal aquel y bañar con sus luces las prisiones de las aves?..... ¡Qué trinos, qué notas, qué cadencias y gorgeos!..... Cualquiera se hubiera vuelto loco, pero lo que es el *Rubiato* y su aprendiz..... ya, ya.

Joseiyo, se quedaba con la boca abierta, mirando á los pájaros cuando movían el pico para cantar aquellos preciosos concertantes.

—Toma; le decía el tío *Rubiato* dándole

un zosquin.—¡Pus no te queas embobalicao, mala espina! Bate esa suela, granuja.

Y el chiquillo tornaba á su operacion interrumpida, dando y dando golpes sobre la piedra que gravitaba en sus tiernas rodillas.

Algunas veces entraba en el bendito taller el señó Jeromo, ex-agente policiaco, que pasaba y divertía sus ócios al lado del tío *Rubiato*, ya leyendo el periódico, ya charlando de *jatos* y cimbeles.

Resultado de aquellas entrevistas: que el señó Jeromo participaba del café que el aprendíz traía por órden del maestro, y que algunas veces se ofrecía á salir de caza con el tío *Rubiato*.

¡Qué mañana más fresca aquella en que fueron al arroyo de la Caleta!... El Jeromo estaba un poco dificultoso de las piernas y no permitía llegar á los Cantales!...

Eran las tres y media de la mañana, mas unos minutillos, que fuera nombrarlos pecar de minucioso.

Llevaba el *Rubiato* un morral colgado sobre la espalda; diez jaulas, cubiertas con sus fundas, atadas á los varales y regatones y pendientes de una cuerda que pasaba por el hombro izquierdo; las redes liadas y echadas tambien sobre el hombro mismo y... nó recuerdo qué otra cosa.

Para el señó Jeromo no habia quedado

carga, por que el jaulon de carrizos y la calabaza llena de mosto, pendiente de una banda de cuerda, fuéronles adjudicados al Joseiyo, quien tambien soñaba con estas excursiones y llevaba orgulloso los artefactos.

De obscuro vestíase la señora madrugada, y al pasar por el muelle los cazadores, no se veían ni las embarcaciones, ni los carabineros que rondaban la muralla. Solo turbaba el misterio un susurro, un eco leve de las olas, que semejaban el roce de un inconmensurable vestido de seda, arrastrado á intérvalos por la reina de la noche en las orillas de la playa.

Siguieron impasibles su marcha los cazadores, entraron por el paseo de chalets y kioskos que se muestran peregrinos cuando los inunda la luz del día, y, torciendo por la izquierda, dieron con el arroyo de la Caleta, internándose más y más hasta llegar á las *armadas* públicas, que ocupan de contínuo las redes y la liga.

—Ya estamos aquí—dijo imitando á Pero Grullo el célebre tío *Rubiato*.

Luego empezaron á soltar sobre la tierra las jaulas, cuerdas, palos y morral; desenmarañaron las *telas* extendiéndolas juntas y armándolas de sus varas de roble. Enclavaron en el suelo los ojales de dichas varas, así como las tirantas que estaban provistas del

clavo cabezal. Ligaron la hermosa y larga cuerda de tiro, cuya extremidad indicó el puesto de acecho.

Colocaron los cimbeles, un verdon y un cilguero (que es lo mismo que gilguero ó colorin) cuyos pájaros revolotearon juzgándose libres; si bien observaron muy pronto que el embrague les sujetaba á la barda de la carretilla.

De allí á poco circularon el *jato* con los altos regatones que, clavados en el suelo, sirvieron de sosten á las jaulillas de percha; quitaron á estas las mugrientas fundas de crudillo y, entonces, los pájaros comenzaron á alegrarse con las sonrisas de la aurora y empezaron á entonar sus inspiradas canciones, mientras los dos cimbeles correspondían á las muestras de regocijo, bailando una gavota plagada de giros vertiginosos.

Ya era llegada la hora de dejar la cobertura de sábanas. Saltaban los labriegos del lecho humilde, la claridad del día iba, gradualmente, entonando sus colores y no lejos empezaban á triscar los corderos y á cruzar los pájaros el vacío.

En el caliente nido el ave sacudía sus alas libre de pereza, para proseguir esa lucha, que en pró de la existencia de los hijos, saben librar los padres de la vida.

Antes de cruzar los aires, ganoso de apre-

sar el grano con que alimentar á sus pequeñuelos, parecía que el pájaro aconsejábales de este modo:

—Aún no muestra el conveniente desarrollo vuestro plumaje; las alas son débiles todavía, no voleis hasta que yo os lo permita. Es este mundo harto engañoso y apenas salgais del nido, ya el cazador artero perseguirá vuestra libertad. Seguid, hijos míos, los consejos de la experiencia.

Concluyó el ave su exordio con torrente de notas suavísimas, como signo de despedida.

Voló ráuda por la extensión etérea y anduvo picoteando de mata en mata.

Los tiernos hijuelos, ansiosos de mundo, abandonaron el nido y el álamo donde estaba pendiente, recorrieron alegres los sembrados y los manchones, gustaron las aguas del arroyo y, al fin, engañados por las voces de los reclamos y por los brincos de los cimbeles, posáronse en el lugar peligroso donde habían de caer las mallas para enredarles y hacerles pagar caro el olvido de los consejos paternales.

¡Cómo se divertía el tío *Rubiato!* ¡Cuánto gozaba Joseiyo!

Pero á decir verdad, dióle lástima al muchacho cuando vió metido en el jaulón á aquellos gurripatillos casi implumes, pian-

do con insistencia y tratando de huir en vano por entre los cañizos de la cárcel.

Quien oyó la homilia del padre y comprendió sus ternezas, dice y jura que los pequeños pajarillos llamaban desde su prisión al ave amorosa que les dió vida y cuyos sanos consejos olvidaron imprudentes.

ANDE LA TIGERA

Sentaditas en el confortable cuarto de costura se hallaban, charla que te charla, las siete amigas, poniendo su palabra en todo, hasta en lo más insignificante.

El sexo femenino gusta un poquito, y algo más, de hacer comentarios, ora exagerados, ora justos, de los acontecimientos que conoce. Así pues, las siete amigas reunidas en el gabinetito y en tanto mueven rápidamente la aguja de *crochet* que vá enlazando la hebra consigo misma hasta formar la delicada roseta; ó forjan el dobladillo ó bordan el monograma que servirá de recuerdo á sus amantes, hablan á una de lo que mejor les parece, entrándose poco á poco en la senda

por donde se llega á la crítica y á *cortar sayos*, frase gráfica que sintetiza el acto de murmurar de cualquiera.

Hay señorita que calla alguna vez, cuando del debate suscitado no entiende ni pizca; pero las hay que á pesar de ignorar el asunto, ayudan con viperina lengua á cortar un sayo de marca mayor.

—¿A que no vieron ustedes cómo iba ayer Zutana con su marido?...

—¡Ay, que recién-casados más sosos!

—Oye ¿los has probado tú?

—No, pero cualquiera conoce que...

—¡Cuidado con los modos de andar que lleva la niña!...

—De seguro que iría Pepe Cañas (el marido) derrengado.

—Como que ella está gordita y ya pesará!

—Sobre todo que se hará la pesada.

—Es claro, colgándose.

Y *ainda mais*.

Pero no bien han sometido á su análisis al novel matrimonio, cuando ya la emprenden con el traje de la vecina.

—Oye; y decía que le había hecho el vestido Mariquita Chilla.

—Sí, como que esa los hace tan cúrsiles.

Ya veis; ese vestido será obra de alguna pelagarza.

—¡Cuidado con la banda aquella de la falda!

—Es un mamarracho.

—Anda, para lo que es ella.

—¡Y más envidiosa!

—¡Y más!....

Ni Clarín, el sistemático crítico cuya autorizada pluma es escalpelo temible, que de cualquier obra hace rápida disección, es tan insistente en su afan ni rebusca tanto los defectos.

Las siete amigas, hacen de las suyas que es un primor y.... lo que inspira más gracia y lo que más provoca la risa del observador, es ver cómo las armas todas que utilizan aquellas tertuliantes, se dirijen, punta al pecho, contra la primera que se ausenta.

Apenas se ha despedido de sus amigas Juanita ó María (que lo mismo dá se llame una cosa que otra) cuando ya están todas criticándola que es una compasión de Dios; y eso que, antes de marcharse, expresó á las cortadoras de sayos su temor de ser desollada por ellas, apenas hubiese traspasado el dintel.

Pero sigue el desfile; á Juanita ó María imitan con intervalo algunas de las circunstantes, y repítese lo hecho.

Vuelta á poner como nueva á la que acaba de volver las espaldas.

Resultado: que la que resta en la casa no sabe qué hacerse, mira en derredor, solo vé á su anciana madre roncando de lo lindo, y hallándose sola, como quien dice, pónese á criticar «in mentis.»

¡Cuidado que son habladeras!

¡Ah! ¡Cuántas cosas han dicho de la pobre Isabelita! ¡Qué sayos! ¡ Y la que más y la que menos es digna de acerba crítica!

¡Qué amigas; fiese V. de ellas! ¡Yo detesto la costumbre de criticar á las demás!

En esto abre los ojos la soñolienta mamá y dice á la niña:

—Bien se han portado ustedes. Entre sueños ha llegado á mí toda la conversación. Tú, sobre todo, has criticado con más ardor que ninguna.

EL COPO

La tarde en que serví de guia á mi camarada Esteban, aparecía un tanto picado el Mediterráneo, ese charco soberbio, espejo del sol, y de la luna que en él se miran para componer sus tocas de nubes.

Iba el cielo encapotándose, cubriendo su extensión azul por medio de nubarrones que, como obedientes á una voz, se reconcentraban, formando un toldo inconmensurable que se interponía entre el cielo y la tierra.

El mar agitábase, murmurando no sé qué barcarolas, cuyo compás iba poco á poco resolviéndose en un vaiven descompasado y poco preciso. Y era que las transparentes

aguas habían estado acariciando suavemente á los gigantes peñones de la costa; las moles graníticas recibieron con la mayor indiferencia los halagos misteriosos de la ola blanda y entonces el mar trocó en ira sus dulzuras, azotando á aquellas piedras que habian obtenido las caricias sin conmoverse, sin mostrarse jamás agradecidas y tiernas.

Aumentaba de minuto en minuto la furia de aquel encrespado titán, que algunas horas antes pareció dormido en su lecho de mariscos y algas. Rompió el mar sobre las rocas sus cristales azules, rociando con espumosos imaginarios fragmentos, las arenas de la playa y, entonces, la barca del pescador luchó dificultosamente con el elemento airado. Redoblaron la fuerza en sus trabajos los curtidos remeros, quienes al azotar con sus palas el embravecido mar, parecieron dominarle un tanto, y al fin llegó la nave á las proximidades de la costa; lanzando el patrón con arte y violencia el cabo que aprisionaron los jabegotes que esperaban ansiosos en tierra firme.

Entonces jalaron aquellos hércules con todo el vigor que sus años les prestaban; acudieron los charranes á la misma orilla del mar para poner debajo de la quilla del bote, —que ya encallaba en la arena—el madero que había de servir de corredera, y con ma-

yor facilidad pudo salir la barca de entre las olas que la azotaban y saltaron desde bordo los tripulantes, sudorosos y calados hasta los huesos.

De allí á poco hiciéronse cargo los jabegotes de las betas larguísimas que habían de traer la red á tierra y, formados en dos columnas, comenzaron á tirar y tirar de las mojadas maromas, cuya operación contrarrestaba el agua con su titánico movimiento.

Cuando el hombre de mar llegaba al punto donde el pequeñuelo hijo de las playas formaba rollo con las cuerdas que salían de las olas, el jabegote desceñía con rapidez la tralla que enlazó á la beta y que era el cabo de donde tiraba; mas dirigiéndose de nuevo al punto de partida, enroscaba á la maroma la dicha tralla, reanudando sus esfuerzos para sacar el copo.

Aquellos hombres vestian un calzón ancho, que llegaba á las rodillas. Por debajo de cada pernil salía un segundo calzón, blanco y burdo, pero más largo, ancho y ondulante; y al fin asomaban las dos piernas morenas y desnudas, que terminaban en los piés descalzos, cuyas plantas grabábanse en la arena donde se apoyaban.

Los remolinos de agua levantaban á veces un bulto frágil que iba aproximándose á tierra: era la leva, el cuero de cabra, prepara-

do por el arte del botero, henchido de aire, como era necesario para que flotara sobre la superficie del mar.

Las levas eran ocho, se hallaban separadas entre sí, por luenga distancia y estaban adheridas á las betas que los jabegotes extraian del líquido elemento

Surgió la séptima leva, que como las anteriores quedó tendida, panza arriba, luciendo sus botanas, sobre la playa arenosa. Y cuando flotó el último pellejo en las traviesas ondas de la orilla, reanimáronse los pescadores, doblaron sus ímpetus y al cabo se aproximaron los corchos que circuian la red.

Arrastrando por el húmedo suelo surgieron las mallas henchidas de plateados peces, que se agitaban con las convulsiones causadas por el cambio de elemento. El ambiente que nosotros respiramos asfixiaba á los prisioneros, del mismo modo que á nosotros nos mata el mundo donde ellos viven.

Acudieron en torno del hato los pescadores y las mujeres y niños del rancho, demostrando su júbilo por la hermosura de la pesca.

Los charranes, con el breve cenacho colgado del brazo, aparecieron dispuestos á atrapar los pescados que escapaban por las

mallas rotas, no sin que recibieran el pescozón de rúbrica.

Volcóse la pesca en las canastas de caña, formando al caer brilladora cascada de platino. Retiróse de allí el patrón, llevando á su casilla el producto del copo y, siguiéndole los jabegotes, pagó á cada cual su salario mezquino, amen del pan bazo y del adios familiar.

Después fueron recojidos los adminículos todos y, á poco, quedó la playa desierta.

Volvimos á la ciudad, sin que hablara mi amigo de otra cosa en toda la noche, que de la escena de costumbres populares, que se hubo desarrollado aquella tarde en tan hermoso teatro.

Al día siguiente repetimos la visita á la playa; presenciamos el mismo acto, pero la decoración era distinta. Ostentábase el cielo limpio y la mar tranquila. Un marco gigante aplicado á aquel fondo delicioso, hubiera constituido la más famosa marina de Ocón, ese artista malagueño cuyos pinceles parecen tener igual privilegio que la célebre vara de Moisés; porque de ellos brota siempre el agua, con toda su tonalidad y todo su movimiento.

Ya no se oian los fieros mugidos de las olas; nos hallábamos en uno de esos días, co-

munes en mi tierra, en que el Mediterráneo reposa entre sus líquidas sábanas.

Parecía que ya las ondas y los peñascos celebraban su tratado de paz, al engalanarse éstos con adornos de verde musgo y conchas de nácar, y al orlar aquellas el filo de su manto líquido, con una randa blanquísima que le fingian las espumas extendidas por la ribera.

LES FRÈRES DOUBLE-CROCHE

(PENSAMIENTO FRANCÉS)

«Estos célebres clowns harán sus más chistosos ejercicios en esta noche, verificando la graciosísima pantomima *El Muerto*, que tantos aplausos ha obtenido de este inteligente público.»

Así rezaba un amplio cartel colocado á la puerta de un circo ecuestre, y la gente se agrupaba ante el prospecto sonriendo de ver pintados á los payasos que aparecían en actitudes cómicas.

En las anteriores noches, el director y empresario del circo, Mr. Renard, había obtenido grandes resultados pecuniarios merced á los ejercicios que hacían los hermanos *Dou-*

ble-croche; así, pues, repetía el número en el programa, y de este modo conseguía que el público le dejase sin localidades la taquilla.

La noche siguiente al día de que nos ocupamos, fué la concurrencia mayor que nunca; tal era la fama que habían producido las payasadas de nuestros acróbatas.

Por fin, despues de haber perforado cuatro ó cinco aros de papel una linda *ecuyere* aparecieron los reputados clowns, dando una porción de trechas por medio de las cuales llegaron al centro de la pista; desde allí se separaron, recorriendo en dirección opuesta el círculo, hasta que topándose impetuosamente cayeron de espaldas, como haciendo ver que era un natural efecto del terrible choque.

Se levantaron rápidamente, y con tan destempladas carcajadas rieron, que el público no pudo menos de confundir sus aplausos con las risotadas excesivamente cómicas de aquellos hombres.

Iban vestidos con unos calzones blancos tan desmesuradamente anchos, que su vista solo provocaba la hilaridad. El talle aparecía trasportado al pecho, donde estaban atados los tales calzoncitos. Una breve chaqueta blanca, rellena por los hombros, hacía que la cabeza se escondiera un tanto. La peluca formaba tres largos tupés, que hallában-

se colocados del modo siguiente: el mayor enmedio, y los otros dos junto á las sienes, de donde partían á modo de cuernos.

Sobre el abdómen y destacándose perfectamente, lucía un trozo de paño negro recortado en figura de borrico. Distribuidos por los perniles figuraban tambien otros recortes en negro, de forma bastante graciosa.

La cara era un depósito de pinturas; de modo que una contracción de boca, un estirón de ojos ó un encogimiento de nariz, mostraban un aspecto tan risible que no podía serlo más.

Comenzaron á tañer dos mandolinas, los hermanos, entonando una cómica trova que hizo al auditorio desternillarse de risa. Pero no bien hubieron acabado su trabajo, cuando el público gritó como si estuviera de acuerdo:

—El muerto! El muerto! El muertoooo!

Los clowns llegaron al centro del redondel, y entonces Wiliams, que era el mayor de los payasos, dijo al otro en voz apenas perceptible y en su lengua nativa:

—Tengo dolor en el corazón!

—Concluyamos, dijo en el mismo idioma el hermano menor.

—Sí, concluyamos, repitió Wiliams.

—En tanto te calmas, haré yo otra cosa.

Y entonces John, que así se llamaba el payaso de menos edad, se separó de su hermano y empezó á realizar una serie de actos todos ellos ricos en vis cómica.

Pero el público deseaba la ofrecida pantomima y no admitía tregua.

—El muerto! El muertoooo! gritó desesperadamente la muchedumbre.

Entonces Wiliams acercóse á John y le dijo:

—Vamos, hermano, ya estoy bien; no irritemos á *esa fiera*.

Empuñaron dos floretes los clowns y se colocaron en risible guardia, despues de marcar un saludo. Extendió un brazo John y marcó diez soberbias fintas, el otro tiró un coupé-doble perfectamente ceñido, el primero marcó una uña baja; prodigios de esgrima realizaron, pero adornando su trabajo con payasadas que hacían reir estrepitosamente al público.

Despues de una estocada á fondo acostumbraba á fingirse muerto Wiliams, y el duelo exagerado que formaba John era lo que hacía las delicias del auditorio.

Con efecto, Wiliams cayó de espaldas lanzando un ¡ay! lastimero.

John, lleno de visible interés, inclinóse sobre su hermano, llamándole por su nombre.

—¡Wiliams, Wiliams! ¡Por Dios!

El publico redobló su jolgorio.

Examinó el hermano menor el rostro del supuesto difunto, le agitó suavemente, le volvió á llamar, fijóse más en su rostro y... ¡horrible realidad! Wiliams había muerto de veras, repentinamente.

El triste payaso (¡original anacronismo el de esta frase!) comenzó á llorar, como lloran los que mucho aman.

El público aplaudió rabiosamente aquel cuadro, porque creia perfectamente fingidas las lágrimas, y porque las dolorosas contracciones que verificaba el rostro de John aparecían ridículas, por virtud de los tiznones marcados en la cara.

Desesperado el triste John ante la risa extraordinaria del público, alzó las manos al cielo como increpándole ó amenazándole ¡que tal era su delirio! y... el público redobló los aplausos y risas.

Las manos del pobre clowns oprimieron su frente, y á poco nació en su pecho y salió por la abierta boca una carcajada sardónica á que los espectadores unieron la suya cada vez más estrepitosa.

LAS MALAGUEÑAS

Te veo sonreir... y yo tambien me rio. Miro lucir en tus pupilas una llamarada, una ola de fuego que se extinguirá al conjuro de una breve explicación mía.

Porque tú crees, sin duda, que voy á describirte á *las malagueñas*, á las hermosas mujeres de mi tierra, nacidas al calor de un astro esplendoroso, saturadas por los aromas del mar. ¡Ah! Mucho cuadro es ese para tan pequeño lienzo. Condensar en un artículo las innúmeras bellezas de aquellas mujeres, fuera hacienda inútil, empeño risible; necesitaria un libro entero, no las tres ó cuatro páginas de un libro.

Las malagueñas de que voy á hablarte no

tienen forma tangible, son única y exclusivamente la producción de la musa popular, esa deidad que tiene su invisible trono en todos los pueblos, y que en unos se manifiesta alegre y en otros melancólica.

El cantar de allí, la copla malagueña, conserva reminiscencias encantadoras de las canciones muslímicas; se funda en las endechas dulcísimas entonadas al son de la guzla en las salas misteriosas del harem y recuerda á cada momento su historia, su origen.

El pentágrama, esas cinco barras que semejan los hierros de una prisión donde se encierra el pensamiento de los artistas musicales, no podrá sujetar nunca las harmonías del canto popular malagueño, con su verdadero caracter. Son demasiado delicadas las notas y se escabullen por los intersticios, llamados espacios en el lenguaje técnico.

Yo ví á un compositor notable romper airado las hojas donde pretendió transcribir la música de nuestros cantares. Lo gráfico no podía expresarlo; porque las malagueñas son un cúmulo de fermatas y un conjunto de notas que solo pueden trasmitirse de generación en generación por medio de la voz humana. Subsistirán siempre los cantos populares de la tierra malagueña, mas tendrán

vida privilegiada; vivirán *de boca en boca*, cual dijera un poeta escogido.

Pero así como se ha transformado el canto árabe en trova castellana, así la guzla que en un principio fué compaña de la voz sonora, hállase convertida en guitarra, ese instrumento que produce sonidos de arpa y vibraciones de salterio; enseñando á la una, y al otro demostrando, que bastan seis cuerdas para derrochar cantidades fabulosas de harmonía y para conmover el corazón de los seres menos sensibles.

En ciertos momentos, cuando la inspiración derrama su ardiente rayo sobre el alma del cantante, la copla popular riñe con las reglas del arte de Bellini. Entonces no aparece sujeta á convencionalismos de escuela, ni de tradición, refleja únicamente el sentimiento que á la voz aguija; y deja de ser nota para convertirse en gemido, y pierde el sonido su volúmen para recobrarlo por gradación, siendo éstos, en fin, los secretos rasgos que caracterizan á los célebres cantos malagueños.

Por lo demás ¡á qué enumerar ó transcribir las diversas letras de aquellas canciones! Desconócenlas muy pocos, por que es lo único, ciertamente, que puede conservarse escrito.

Un cantar malagueño trae á mi memoria

el recuerdo de una escena triste.

Sé benévolo conmigo por algún más tiempo y escúchala:

«¡Qué noche aquella!... Había fiesta en el barrio. Bajo la parra que entoldaba el alegre patio, formaban corro las mozuelas engalanadas con los abigarrados pañuelos de talle, con las arracadas de plata y con los prendidos de biznagas y claveles.

Aun verdeaban las uvas y ya parecían dispuestas á caer sobre el tocado de las alegres muchachas, para fingirles agujetas de vidrio clavadas en el brillante cabello.

El velón, con sus reflejos, emulaba la pálida claridad de la luna que filtraba sus luces por los resquicios de las pámpanas.

Parecía reir la guitara á impulsos del cosquilleo que la experta mano del tocador producía al rasguear el nervio de las cuerdas. Oyóse á poco una voz delicada que entonó esta coplilla, compuesta por la musa, quizás de acuerdo con el hado:

Viviendo estoy en el mundo
con penas y con dolor.
¿No hay quien me pegue un tirito
por mitá del corazón?...

Levantóse un mocito que trató de amenizar la andaluza fiesta.

—Yo te lo pegaré;—dijo y apuntó con un rewólver al pecho de la mozuela.

Sonó un disparo, despues un ¡ay!, despues gritos, confusión y lamentos.

La cantaora suspiró por última vez, cuando aún retozaba en sus labios el jugeteo de la nota postrera.

El mozuelo imprudente no se curó de que el arma se hallaba cargada.

Rompió la bala el valladar de rosas que sobre el corazón de la jóven existía, sin que las espinas de los tallos supieran defender á la niña desventurada cuanto hermosa.

Y las oleadas de curiosos pudieron ver, extendida sobre el pavimento, á una donosa mozuela que semejaba sonreir en sueños, cual si festejara con afable manera la broma que originó su muerte.»

EL RELOJ

Paréceme un ente que atesora malignos sentimientos; y al verle medir las horas y al escuchar el eco de su timbre, que parece una mofa á los humanos, recordando el paso del tiempo, la pérdida de las horas, siento extremecerse todo mi ser y afluir la sangre toda á mi cerebro.

¡Oh, picarón instrumento de las parcas; yo creo que ellas te han sobornado—lo cual es hoy frecuente—y estás de su parte y cumples sus leyes al señalar al hombre las horas que derrocha!

Dicen los ingleses que el tiempo es oro; (¡ojalá digan mis *ingleses* lo mismo y quieran cobrarse del tiempo!) y, para ellos, el reloj

es el acicate que les impulsa á aprovechar las horas y hasta los cuartos.

El reloj, dando los cuartos, presenta para mí la única fase simpática, porque eso de dar cuartos, aunque no suenen (que ya se sabe que la campana da únicamente las enteras y las medias horas) es lo que puede atraer la atención de los hombres, en esta etapa triste donde el sablazo extiende su doctrina.

El reloj que tiene buen empeño—no hablo del mío por que es una caldera en toda la extensión de la palabra—siquier proporcione menos de cinco duros, no es prenda que desagrade. A veces el cautiverio de un reloj se prolonga más de lo regular y hasta se vende la papeleta de empeño, según dicen.

Pero á pesar de todas esas ventajas, el reloj es un tiranuelo cuya péndola (me refiero á los de pared) semeja la lengua del burlón.

¡Y acudan ustedes á los relojes de arena!

¡Qué desesperación! Al caer los granos sutiles parece que con ellos se escapa la vida. En cada átomo se vá una parte del tiempo, los segundos se pierden, avanza la edad del humano, el fin de la vida se acerca.

Decir á una muger *que dá la hora*, me parece la mayor de las groserías, porque es compararla con un instrumento tan antipático como el reloj.

Empero, si la misión de ese aparato que mide las horas me repugna y exalta, no puede, en cambio, serme más simpática la parte material, cuando es de oro. ¿Qué delicados reflejos, qué bellísimo resulta su conjunto! ¡Y, sobre todo, qué valor representa más apreciable!

Yo solo sé decir no que he tenido jamás en mi bosillo un reloj de oro, pero aunque no los he tratado de cerca, declaro formalísimamente y juro que me son simpáticos por todo extremo.

Pero qué misión la del reloj! Ahora mismo da la una, dentro de quince minutos, será el cuarto, despues la media, y así sucesivamente llegará la noche y luego el nuevo día y señalando los momentos que se pierden.

¡Horror, terror y furor! Esto es insoportable.

Hasta otra, lectores, esto se va.

¡Malditos sean los cuartos... de hora!

LA MAGESTAD DE IMPEDIDOS

La anciana muger, que hoy tiene lleno de surcos el rostro, recuérdala con pena, como se recuerdan siempre los años juveniles, en medio de la vejez; la mozuela que supo robar al sol poniente sus delicados arreboles, espérala con impaciencia; el hijo honrado del pueblo, ese ser que dá las primicias de su juventud y las madureces de sus años seniles á la grandiosa obra del trabajo, aguárdala con júbilo; porque la magestad de impedidos constituye un verdadero dia de gala, de alegrías, de descanso y de feria.

Preguntad en el barrio de la Trinidad por la magestad de impedidos, y os responderán

que es la única romería que en aquel arrabal se disfruta.

El calor ha arrojado ya sus primeros haces de dardos sobre la tierra malagueña; la ceremonia debe, pues, comenzarse de mañana, para burlar los rigores del tiempo.

¡Y qué mañana aquella! La calle de la Trinidad, á lo largo, se columbra tan limpita y colgada... En los balcones se desbordan las blanquecinas colchas de cama, guarnecidas algunas por el clásico pañolón manileño; en las ventanas vomitan las pintadas macetas, sus cascadas de enredaderas y flores, y en huecos de arriba y de abajo, en zaguanes y aceras hay gente, toda la del barrio y alguna de la ciudad que va á la fiesta atraida por sus proverbiales delicias.

Detrás de cada maceta, asoma un rostro femenil, una mirada ardiente, una sonrisa dulcísima; quién las vé y quién no; porque las plantas que brotan de las macetas, parecen confundirse é igualarse las con flores de aquellas bellezas sin afeite.

Repican en la Aurora, porque de allí sale la procesión.

¡Y qué procesión, Maria Santísima, qué profusión de faroles y cirios! Ya pasan los mozuelos del barrio, sosteniendo un farol bruñido y mirando á las muchachas para requebrarlas con frases ingeniosas; ya vienen

los chiquillos con los trapitos de día de fiesta, cuidando mucho de que no se apague la vela y, sobre todo, de que no se caigan al suelo las gotas de la cera que se liquida. Y allí, cerca del palio, los alcaldes de los cuarteles, con el chaquet ó la cazadora flamante y los botillos cepillados y fúlgidos como el charol ó el hule; empuñando el signo de autoridad y la vela rizada, que por algo ha concedido la naturaleza dos manos al hombre.

¡Y aquellos guardias civiles contoneándose, con el tricornio colgado en la nuca, sosteniendo los varales del palio, de esa especie de sombrilla eclesiástica—que decía un mi amigo estudiante de derecho canónico.

Debajo del ondulante palio, los monagos haciendo vibrar con monótono sonsonete la lengua de la campanilla, y agitando de izquierda á derecha el humeante toríbulo, el pebetero de nuestros altares, de donde brota á raudales la ambrosía del incienso.

Entre dos sacerdotes camina magestuosamente el párroco, envuelto en la capa pluvial, la capa de tisú galonada de oro y bordada en espigas de trigo. Allí va el Señor ¡hosanna! Se humilla la muchedumbre, bájanse las frentes y el cura recita.

Detrás del cura... el sacristán, luciendo su cara tan afeitada y brillante, como rostro

barnizado de efigie de madera. La sotana que le cubre vá de estreno y es de merino legítimo; la sobrepellís ¡oh! aparece más rizadita que las hojas interiores del cogollo de una lechuga: primores de monja.

La banda musical del regimiento finaliza y completa la comitiva. Los instrumentos metálicos, en unión con los de madera y parche, causan delicioso estruendo, á cuyo compás marcha el piquete que escolta la procesión.

Los chaveas saltan y brincan de gozo; alguno que otro se coloca cerquita de un clarinete y mordiendo un trozo de caña y fingiendo tocar á las llaves imaginarias del pito, semeja un músico desarrapado que tañe de veras.

De pronto calla la campanilla; párase la gente, avanza el palio y los sacerdotes á quienes cobija. Estos penetran en una casa de apariencia humilde y detrás síguenles algunos hombres con faroles y cirios.

Los vecinos del casucho se arrodillan adorando la magestad del Viático.

Vése la escalera, cuya vieja fábrica amenaza con el derrumbamiento, adornada con ramas de ciprés y flores de geranio.

Frente á la escalera hay una puerta que dá acceso á un chiribitil del interior. La piedad y el gusto de las vecinas han tenido

allí ocasión en que hacer derroches. Un altar cubierto con randas de sábanas blancas como la nieve, descuella en el fondo de la estancia. El retablo es un juego de palmas, ciprés y laureola; enmedio luce una estampa de la Vírgen del Carmelo, con su cristal correspondiente, cuyo cuadro tiene formado un dosel de pañuelos multicolores.

¿Quién es el enfermo?... Pobre Juan, aun no pasa de los cuarenta años. Quedóse inútil, por la traición de un engrane de máquina que le privó de ambas piernas. El dia del accidente fué terrible en la fábrica. ¡De qué manera crugieron los huesos y de qué modo clamó el infeliz obrero! Pero las ruedas continuaron impasibles su rotación.

Acércase el sacerdote al lecho del impedido, llévale á los labios el confortable pan de los angeles; y luego se aleja la comitiva, á cuya salida se escuchan los acordes de la marcha real, ese himno ampuloso compuesto para festejar la presencia de los reyes humanos y que, por tanto, no debiera entonarse en holocausto á la divinidad.

Los cohetes atraviesan el vacío silbando con toda la fuerza que les prestan sus componentes: parecen extraños mensajeros que suben al firmamento para noticiar allí las alegrías que se experimentan en la tierra. Pero la comunicación material con el cielo es har-

to imposible; el cohete no llega á su misterioso destino y al reconocer su impotencia se deshace, no sin arrojar con furia la carga de zafiros, topacios y rubíes que llevaba como presente para el Señor de los orbes.

En cambio ¡cuán grande es el pensamiento humano! Vuela por donde quiere! llega hasta el trono de Dios.

La procesión se reorganiza, cruza su carrera y al cabo disuélvese en la capilla de donde salió.

Luego la feria, el monótono pregón del avellanero, el estridente giro de los carricoches y los caballitos de madera, y el flujo y reflujo de un mar de gentes entre las cuales reluce la sal de la tierra y el gracejo que se refleja en el florido adorno del *corruco* y del rodete.

LA ESTÁTUA DE DON GONZALO

Cuando yo tenía quince años, envidiaba el bigote de Doña Melitona, aquella viuda de un jefe de negociado que instruyó en su vida más expedientes que panes un panadero sexagenario.

Eso era lo único que yo le envidiada á Doña Melitona: el mostacho.

Pero si un cantante que aspirara á ser bajo (de voz) hubiera escuchado alguna vez el eco de la tal señora, seguramente le hubiera causado éste mayor envidia todavía; por que el tonete de Doña Melitona era tan profundo como un pozo de noria.

Con todo lo dicho y con añadir que la se-

ñora de mis pecados tenia de vida sesenta y un años larguitos; que era rechoncha y que usaba crencha postiza, para causar admiración á sus huéspedes, está dicho todo. Todo, porque ya no hay que decir que D.ª Melitona era pupilera.

La señora de mi cuento habia puesto su casa bajo la protección de un título tan significativo como el de la «Económica».

Decía á cuantos querían oirla, que ella era una señora de muy buenos principios, pero los pupilos decían lo contrario, porque no recordaban ninguno que fuese suculento. Como que los principios que ofrecía la tal pupilera se reducian á patatas, cuasi viudas, á bacalao que ella se empeñaba en hacer escocés y... nada más.

A pesar de estas voces de descrédito, que propalaban, por lo regular, aquellos huéspedes que habían dejado á deber tres ó cuatro mesadas, no faltaban clientes en la casa de Doña Melitona.

Un día... que no recuerdo cual fué, pero que tal vez seria el dos de Noviembre, llegó á casa de mi protagonista un caballero de más de cincuenta años, obeso, con larga nariz y un barrigón de padre y señor mio. Seguia al viagero, (porque tal parecia) un mandadero conduciendo un baul y una sombrerera de cuero.

El buen señor pretendía hospedarse allí y suplicaba le destinasen una habitación confortable.

D.ª Melitona «chalaneaba» al huesped de lo lindo, le prometia tantas bienaventuranzas, que ni en el paraiso podrían soñarse análogas.

D. Gonzalo—este era su nombre—dióse el parabien por haber hallado tan excelente hospedaje y usando de su habitual franqueza empezó á familiarizarse con doña Melitona, diciéndole:

—Nada, nada, señora. Conmigo no tiene V. que andarse en pelillos· Yo doy poco que hacer. Unicamente deseo carne, mucha carne.

—¿Y ahora?...—preguntó la pupilera.

—Ahora nada. Me he comido cuatro tortas de aceite, de esas que venden en la estación de Cucurucho, al pasar el tren.

—¿Cuatro tortas? ¡Ay señor; más le valieran á V. cuatro tiros! Porque las chucherias caen en el estómago de un modo...

—No me diga V. más, señora, pues estoy arrepentidísimo de mi culpa. ¡Como que siento en el abdómen un escarabujeo, que no parece sino que dentro de mí se está celebrando una corrida de toros!

—Ya lo creo, como que esas tortas parecen de aceite de linaza.

En fin, no hay que apurarse; ahora se le hará á V. su taza de flor de malva con un poco de jarabe de torongil y un polvito de «manensia», y de allí...

—Al cementerio.

—¡Cah! Ya verá V. qué tisana, señor mio. Pero entretanto, puede V. ir á tomar posesión de su cuarto. Mira, Oligaria, acompaña al señorito al 39 y métele una estufilla.

—Vamos allá.

—Ea, hasta mañana caballero.

Marchóse D. Gonzalo por el foro y doña Melitona, al oir siete campanadas que procedían del reloj de forma octógona que decoraba la pared del comedor, levantóse como impulsada por un secreto resorte, llegó á su habitación, envolvióse en un ámplio mantón de alfombra y en una toquilla de lana verde, y convidando á la cocinera, salió con ella de la «Económica», dirigiéndose al teatro, donde tendria lugar la *reprisse* (palabreja muy de moda) de D. Juan Tenorio.

Dejemos á doña Melitona arrellenada en su delantera de anfiteatro, deglutiendo cada castaña del tamaño de este puño, y volvamos al cuarto de D. Gonzalo, el nuevo huesped de la «Económica».

Los malditos bollos de «Cucurucho» hacian de las suyas en el estómago del pupilo,

Oíase un sordo rumor que procedía del vientre y D. Gonzalo daba, en el duro lecho, más vueltas que el aspa de un molino.

De repente sentábase en la cama, oprimía su región abdominal con ambas manos y simultáneamente formulaba un triste gemido.

Encendía la vela de sebo disfrazada de estearina; paseaba febril por la estancia y al cabo subía nuevamente á la cama, sin experimentar alivio.

La catástrofe era inminente. Los bollos de «Cucurucho», fieles á su historia, movian en el vientre de D. Gonzalo una de doscientos demonios.

Así pasaron cinco horas de crueles dolores, de martirio digno de palma y corona.

Pero... allá á la una de la madrugada, cuando el huesped encendiendo por undécima vez la bugia, trataba de buscar consuelo á sus torturas, abria la puerta de su habitación y, sosteniendo con la diestra la oxidada palmatoria y oprimiendo con la siniestra el ruidoso vientre, que parecía caja de Pandora, empezaba á discurrir por los solitarios corredores de la casa, buscando un cuarto... que es excusado mencionar en este articulejo.

A cada puerta que veia, propinaba don

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

Gonzalo un empellón, pero ninguna cedía á su embate.

Mas... dejemos al huesped de puerta en puerta y hagamos constar que doña Melitona había regresado, hacía una hora, de la representación del Tenorio y que ya disfrutaba de las misteriosas delicias del sueño.

La apostura y gentileza de D. Juan, la severidad del comendador, la candidez de la educanda y la audacia y chiste del Ciutti, metiéronse en el cerebro de Doña Melitona y en caótica confusión giraron por la cavidad craniana, produciendo el espejismo.

Doña Melitona, en medio de su letargo, veia á Don Juan Tenorio raptando á la hija del comendador, á este y á Megias, cayendo sobre la alfombra heridos por las armas mortíferas de que hiciera uso el tradicional enamorado.

Y en el momento en que soñaba la huéspeda ver al Tenorio, á Avellaneda y á Centellas merendando al par que se escuchaban los aldabonazos del convidado de piedra, D. Gonzalo (no el comendador, sino el pupilo de los bollos de «Cucurucho») presentábase delante del cuarto de Doña Melitona arremetiendo á la puerta con ánsia sin igual.

Las hojas de madera cedieron al empuje, puesto que doña Melitona por toda seguridad arrimaba una silla á la puerta.

Y como D. Gonzalo iba en ropas blancas, á la luz de la bugía que llevaba en la mano, semejaba una figura fantástica.

Despertó azorada doña Melitona, que había dejado su ensueño en el momento en que iba á entrar en escena la escultura del comendador, y al presentarse ante ella el desgraciado consumidor de los bollos de «Cucurucho», creyó en su aturdimiento que éste era el mismísimo convidado de piedra y empezó á gritar, mientras se cubria el rostro con las manos.

—¡La estátua de D. Gonzalo!...

LA OBRERA MALAGUEÑA

—¡Qué graciosa es V., comare!—le dice un tipo al verla pasar.

—¡Olé por lo bonito y por lo gallardo!

—Me iba con osté... á *la fin* del mundo.

Todo esto y más oye la faenera.

Por allí vá mírela V., hombre. Cubre su peinado un pañuelo de seda blanco, con anillas rojas, formando bonito dibujo. Un mantón celeste, recogido sobre los brazos, oculta su talle ondulante. Por debajo de la falda, van marcando los pasos unos piés calzados con botina de charol y caña de tela negra, sobre la cual brillan unos pequeños botones de nácar.

—Esos botoncitos van *parriba*; le dice uno al verla pasar.

¡Quién fuera boton!

La frase le ha hecho gracia á nuestra protagonista, y quiere conceder al atrevido los honores de la contestación diciéndole:

—¡Qué guasa!¡Pus sepa osté que los botones se hacen de cuernos!...

Va la faenera de prisa, y eso que es muy temprano.

Se dirige á la faena de limones. ¡Miradla, ya llega!

—Hola Antonia, le dice el viejo encargado.

—Dios se los dé asté mu buenos.

—Gracias, mujer, ¡Y qué guapa vienes!

El encargardo empieza á toser con fuerza; de cuando en cuando contiénese para exclamar:

—¡Pícara tos!

—San Blas bendito, dice riendo la faenera; ¡que se ahoga este animalito!

—Eres el demonio, Antoñita. Vamos anda.

—Venga el papel.

Mientras le traen los mil trozos de papel-cebolla, habla con sus compañeras de fatigas.

Ante las trabajadoras se ven colosales montes de naranja y limón, que aquellas tienen que envolver uno á uno.

Siéntase la faenera: á la derecha tiene el cajón donde ha de depositar el fruto ya vestido; á la izquierda la espuerta colmada de limones desnudos.

La faenera saca rápidamento un limón, mientras coge un trozo de papel del montón que tiene en la falda; chocan sus manos, é instantáneamente queda el fruto envuelto.

El hijo del dueño de la faena, es un gomoso *comme il faut*, que se dedica á proteger á Antonia.

Con efecto, baja al almacen innumerables veces, y se aproxima á nuestra faenera.

—Antoñita, qué trabajadora estás.

—¿Ha visto usté?

—Y guapa.

—¿De veras?

—Las compañeras de trabajo guiñan á la Antonia. Esta hace un gesto cerrando momentáneamente los ojos y haciendo un pequeño vaiven con la cabeza, como quien dice: ¡vaya un jamelgo!

—Muchacha, estarás rendida. Yo no sé cómo puedes estar inclinada tanto tiempo. ¿No te duele la espalda?

—¡Já já já!... ¿Soy yo acaso de merengue?

—No, muger; qué gracia te ha dado Dios. En fin, continúa.

Como el señorito no puede decir todo lo

que quiere, se retira y aproximándose al encargado le dice en voz baja.

—Pedro; á la Antonia no le diga V. nada, si descansa mucho. Me interesa la pobre.

—¡Ejem, ejem!—contesta tosiendo el encargado. Se hará.

—Vuelvo: dice el señorito, y desaparece.

Apenas se vá, la Antonia que es el mismo Barrabás y una salina andando, dice:

—¡Chiquillas, vaya una proporción! ¡Ja ja!

Las amigas oyen y trabajan. Antonia deja su tarea para murmurar libremente.

—¡Qué cuello, señores; si tiene una cuarta.

Y luego ¡qué pantaloncito, si parece la funda de un jamón! ¡Y qué zapatones!

—Muger; dice otra vendejera dejando también la faena. No seas desagraecia. ¡Después que está por tí!...

El encargado que se halla cerca de la puerta, no oye de lo que tratan, pero ve que una faenera, que no es la Antonia, ha dejado de trabajar y se acerca regañando.

—Mira, Victoria, menea las manos hija, que la lengua no tiene ná que ver con lo demás. ¡Ejem! ¡ejem! ¡Tos del diablo!

—Que te lleve—dice á media voz Victoria.

Otra faenera:

—Oiga usté, señó Pedro ¿y la Antonia es hija de rey?

—Como que soy princesa.

—Cállate y trabaja. La Antonia no falta á su deber.

—Mañana me voy á poner los rizitos á la cara, dice la otra, á ver si le gusto al amo.

—Oye, oye, exclama azufrada la Antonia. A mí no me vengas tú con guasas.

El hijo del dueño regresa.

La tranquilidad se restablece.

El señorito se pone cerca de la Antonia y permanece un rato junto á ella. Por último, el enamorado caballerito, mirando á la reja que hay detrás de la Antonia, dice:

—Me voy á sentar aquí, porque entra un fresco delicioso. Pedro, tráigame V. una silla.

Pedro tose que es un horror y proporciona el asiento al gomoso. Este empieza á decir cositas, particularizándose con Antonia. La pobre se pone de muy mal humor, y tira los limones con fuerza á medida que los vá envolviendo.

Apenas responde la Antonia.

De repente se oye un silbido agudo detrás de la reja.

Antonia se levanta rápidamente, encendida como una nube de viento.

Sin pedir permiso, dejando caer su silla

atropelladamente, se asoma á la ventana. Es que su novio pasaba por delante del almacen y ella que le adora por lo terne y sandunguero, lo arrostra todo por verle.

El señorito se levanta rojo de ira, apenas se dá cuenta de lo ocurrido.

—¡Esto es un abuso!—Dirígese al encargado y dice: ¡V. tiene la culpa!

Pedro tose más que nunca.

—Despida V. á esa faenera.

Sale el pollo rugiendo de ira. Las faeneras sienten una explosión de risa.

Antonia vuelve la cara, y lo comprende todo.

Pedro le dice:

—¡Ejem! Has de saber Antonia, que... yo lo siento, pero tu *conduta*...

—Ya lo sé. Págueme V., que me voy.

—Bien dicho; añade una trabajadora.

—¡Vivan las faeneras con vergüenza! dice otra levantándose de la silla y proponiendo huelga.

UNA ESTOCADA

Ejercía sus funciones el santo Tribunal de la Inquisición, tan temido no solo por los hereges sino por todas las gentes, que nunca estaban á salvo de las acechanzas de los poderosos inquisidores.

Había por aquel entonces un P. Agustin, espíritu marcial que jamás debió aspirar á la cogulla, sino al almete.

Y el tal Fray Agustin, pertenecía al Tribunal que condenaba heréticas doctrinas, y era un santo varón, según las dueñas, pero un hábil espadachin segun atrevíanse algunos á dar á la fama.

La noche de nuestro cuento, por que en

una noche comienza, era helada como témpano de nieve y obscura como el interior de un antro.

Las calles y callejas hallábanse solitarias, por modo tan completo, que era extraño ver en ellas persona alguna.

«De la Almudena», era el nombre de una calle estrecha y tortuosa que, ondulante, se extendía desde la placetilla de las Flores.

La tal calle comenzaba en ancha y remataba casi en ángulo. En el comedio veíase una hornacina practicada en la pared, y en su cóncavo lucía la imágen de la Almudena, alumbrada por soñoliento farolillo, la cual efigie ostentaba montones de milagros y trozos de crenchas.

Por el extremo más angosto de la calle, penetró un embozado, cuyo fuerte taconeo parecía ser molesto á las espuelas, ya que gemían estas en altísimo tono.

Y era casual, pero no menos cierto, que por la ancha parte entraba otro, al parecer caballero, envuelto y mucho en su grueso y airoso tabardo.

A la mitad llegaron, y ambos interrumpieron la marcha, como si inteligenciados préviamente, trataran de hablarse en aquel parage y aquella ocasión.

Mas no era así: se trataba solo de dos hombres con espíritu pendeciero, ávidos los

dos de escaramuza, tan usual y corriente en aquella bendita edad. Los dos paseantes ansiaban momentos en que dar respiros á la tizona, manejándola con arreglo al arte de la esgrima, por aquel entonces tan aprendido y usado.

Con un quien vá y un voto á bríos saludáronse los entabardados, y apenas habian terminado sus palabras, cuando ya se habían palpado las toledanas.

Los golpes maestros se sucedieron, las estocadas ordinarias á fondo no privaron, mas sí las nuevas, las de verdadero arte, las uñas bajas, las flanconadas, los cupés sencillos y dobles.

El que había entrado en la calle por la parte angosta, blandía mejor, tiraba más ceñido, hacía en un instante un considerable número de fintas. Pero cuando asombró al adversario, fué al marcarle, no más, una estocada *sui géneris* dirigida á la garganta, y preparada con un bien hecho amago de cupé.

Retrocedió entonces el acometído, y dijo irritado:

—¡Vive Dios, que os conozco!

Rió entonces á mandíbula batiente el que, con solo indicar una estocada nueva había revelado su nombre, y sintió halagada la vanidad por aquella su fama de excelente tirador.

—Por Dios y mi ánima os digo, hidalgo, que habéisme revelado quien sois, sin hablarlo. Parad el acero, que parece un rayo. Hablemos si os place.

—Hablemos.

—¿Vos sois D. Alvaro Osorio?

—¿No lo habeis conocido?

—Y por Dios que tambien envidiado, según para y tira el hidalgo. Mucho había escuchado decir de vuestra estocada, más no presumí que fuese tan rápida y preciosa. Aprenderla me placería, que así ganara honra y prez.

—Pues estúdiela el majadero.

—Si vos me la enseñais.

—No os la podría marcar de nuevo sin heriros.

—No importa.

—Sin enviaros con una legión de diablos á la eternidad.

—Por mi padre S. Juan de Dios!... No estoy por tanto.

—Pues dejadme paso, barbado hidalgo, que á la luz que á la imágen alumbra, aunque distante, paréceme el vuestro rostro de tonsurado.

Esquivó entonces la cara el aludido, y subiendo el embozo, murmuró mientras dejaba el campo:

—Quedaos en buen hora sin mi presencia; adiós, caballero.

Y dijo entre dientes:

—El hábito no hace al monge; por eso sin él háme visto tal y como soy.

II

De tan extraña manera quedó acabado el incidente aquél; mas solo acabó aparentemente. Fray Agustín, que no era otro el hidalgo envidioso de los buenos espadas, cayó desde entonces en meditación constante sobre si podría ó no buscar medios de aprender la estocada, que tanta fama y temerosos tenía.

El Padre ambicionó haber cerca de sí al de Ossorio, por ver de conseguir alguna lección.

Y, al efecto, dió al caletre mil y una vueltas, propinándose al cabo una palmada en la frente: había hallado el medio.

II

Al otro día, D. Alvaro Ossorio ingresaba en los calabozos de la Inquisición.

Fray Agustín pretendía reducir allí al don Alvaro, trataba de obligarle á servir de maestro.

Hallábase el hidalgo en uno de los más

aseados antros del tenebroso edificio destinado al Tribunal. Allí penetró con humilde actitud el fraile, y cerrando la puerta trabó palabras con el detenido.

A poco, exclamó sorprendido el preso:

—¡Sois vos! ¡El hidalgo de la calle de la Almudena! ¡Vos! ¡Un religioso!

—Oidme: fué siempre mi inclinación hacia las armas; abracé el estado de la iglesia contrariado. Durante la noche, algunas veces... ya lo habeis visto; ganoso de aventuras salgo de entre estas paredes, con el traje de caballero, que más á mí condición se amolda, y he aquí porqué nos hallamos en la calleja de la Almudena. De la firmeza de mi puño y del buen temple de mi acero blasonaba, y ya ambicionaba encontraros, pues que gozaba de tanta fama vuestra escuela. Pero hé aquí que me hallo envidioso de vos y vuestra espada, que quiero aprender la estocada que os asegura el éxito en lances, y aquí os hago traer, abusando—lo conozco—de mis poderes, para suplicaros que me hagais aprender la cuchillada.

Quedó suspenso el de Ossorio sin poder explicarse cómo un hombre llegaba á envidiar en tan alto grado; mas conociendo que solo la astucia podría librarle de aquel lugar y de aquel majadero, dijo:

—Padre mio; de todas maneras merecéis-

me respeto profundo, y ya no os niego la satisfacción del gusto. Mas tened en cuenta que entre estos muros, aspirando este hedor y acongojado de mi opresión, no sabría mover el brazo, ni marcar la estocada, ni parar vuestros golpes.

—Saldremos—repuso Fray Agustín. Apenas la luz del dia agonice, saldremos, sí, y os quedaré agradecido para mi vida toda.

Luego pensó: «aprenda yo la estocada, que luego sabré inutilizarle».

IV

Las sombras habían empezado á correrse tupidamente, cuando dos bultos caminaban por la glorieta del *Sancti Spíritu* en dirección á las afueras.

Iluminaba la luna el paisaje. Paráronse los caballeros á orillas del *Cogro*, que era un riachuelillo hablador y ligero, y apenas llegados desenvainaron las espadas.

—Tened cuidado, Padre; parad bien, que mi estocada rara vez yerra.

—¡En guardia! Tirad.

Se oyó el choque de los aceros al pulsarse.

—¡Ahora! gritó el de Ossorio. Y quedó escondida su toledana en el cuello del fraile.

—¡Mi estocada rara vez yerra! No comprendisteis, cegado por la envidia, que había

yo de aprovechar mis conocimientos, para quitaros de mi camino.

Mas ¡ah! que yo tambien me equivoco, continuó diciendo el de Ossorio, cuando ya había caido en tierra el adversario.—Con esa estocada dejo mi firma. La herida en la garganta me delatará.

. . . . . .

Cuenta la tradición, que el de Ossorio tuvo que emigrar á la Lusitania.

A RETRO

D. Anselmo se hallaba ocupadísimo aquel día; reposado en su cómodo sillón y apoyando los brazos sobre su pupitre, revisaba algunos documentos y tomaba notas en una cuartilla.

En el umbral de la puerta apareció un hombrecillo alto y delgado, de empecatada fisonomía, de pupilas vivas y claras.

Levantó D. Anselmo los ojos y

—¿Qué hay?—preguntó con sobrado mal humor.

—Deseaba hablar con V. de un negocio, mi señor D. Anselmo.

—Vuelva V.; estoy ahora muy ocupado.

—Mire que la operación es ventajosa, como la que más.

—Sí, ventajosa;—murmuró algo amostazado D. Anselmo. ¡Con seguridad que es buena para V., pero para mí...

—Le digo que de estas, entran pocas en libra.

—¿A ver? Siéntese V., impertinente, y entreténgame poco, pues no tengo humor de majaderías.

El visitante, que se nombraba Gutierrez, tomó asiento con trabajo, pues tenía una pierna maltrecha y no le era fácil doblarla, así es que la dejó extendida.

Arrimó Gutierrez sus labios al oido derecho de D. Anselmo, hablóle bajito, susurrando, como si hubiera delante alguna persona.

Pasó un rato; D. Anselmo caviló un poco, y luego manifestó que no le convenía aquello; además, recomendó al flaco de Gutierrez que no le fuese con más embajadas.

—Yo no tiro á la calle mi dinero; ese dinero que he ganado con tantos peligros, con tantos sudores... ¡Ya sabía yo que no me propondría nada á mi gusto! ¿Hipotecas?... ¡Buenas están las cosas!

Pensó un ratito el Gutierrez, escupió á un lado, sonrió como quien tiene la certeza de su triunfo, y entonces volvió á secretear con

D. Anselmo, haciéndole tan solo esta pregunta:

—¿Y... á retro?

La mirada de D. Anselmo brilló como la del tigre cuando vé inerme á la presa.

—¿A retro?—interrogó.—¿Al 11 por ciento?—volvió á preguntar.

—Creo que han de aceptar la operación; ¡y entonces, me gratificará V. bien! ¿eh? ¡Mire V. que las ventajas que ha de lograr, son hermosas!

—¡Buena pieza está V.! Yo no le daré un cuarto más de lo que le corresponda; el medio por ciento y... ni más ni menos.

Gutierrez dió una nota á D. Anselmo.

—¡Tome V. las señas de la finca! Véala enseguida, que urge el dinero.

—Es V. atroz, Gutierrez.

—Casi tanto como V.

—¡Bah! No bromee conmigo, que estoy de mal humor. He tenido que dar hoy dos mil duros, á retro también, y también al 11 por ciento.

—Buen negocio será! Con que... hasta luego ¿eh? A las cinco.

—¡A las cinco!...—murmuró el viejo don Anselmo, mirando por encima de las gafas á su cliente, y despidiéndole con las palabras: ¡Bueno está V.!

II

El cuadro que en esta segunda parte trato de presentar al lector, lo constituyen un matrimonio de alguna edad y un joven de 18 años.

D.ª María llora como saben hacerlo las madres cuando ven á sus hijos próximos á la desgracia.

El padre, D. Antonio, reprime sus lágrimas, que no está bien en hombres arrojarlas, y trata de consolar á su esposa prometiéndole que su hijo no correrá la suerte de soldado.

¡Infelices las madres que al llegar ese momento en que la patria reclama al varón, no tienen recursos con que abonar el importe de la redención del hijo! ¡Y hay tantas que á pesar de sus lágrimas y sus desvelos y sus súplicas, ven marchar al ser querido entre las filas del ejército!

¡Mil quinientas pesetas! ¡Cantidad fabulosa para los individuos de la desdichada clase media, de esa clase condenada á arrostrar una existencia difícil, laboriosa, digna de compasión!

¡Mil quinientas pesetas necesitaban D. Antonio y su esposa para librar del servicio militar al ídolo de sus almas!

La casa en que vivían aquellos infortunados, era el único patrimonio que poseían. Habían podido vivir sosteniéndose en su dominio á fuerza de sacrificios y de privaciones. ¡Pero... había llegado la hora terrible de gravar aquel modesto caudal! Era preciso hipotecarlo para, con el préstamo, redimir á Arturo.

Desconfiaba la buena madre de hallar medios con que librar á su querido hijo, y por esto lloraba inconsolable.

De pronto, oyóse el sonido de la campanilla, que anunciaba la llegada de alguna persona.

Entró Gutierrez en la estancia, mostrando hipócrita seriedad y arrastrando con algun trabajo su pierna, dada á los dolores reumáticos.

Este mediador, había sido encargado de buscar dinero á préstamo con la garantía de la casa que habitaba aquella infortunada familia.

Habló el hombrecillo, de las dificultades de la operación y... con mil rodeos expresó, que solo había una forma de hacerla:

—Si quieren ustedes el dinero *á retro*, lo dará un buen señor compadecido por la necesidad que obliga á la petición. Y... bien mirado, para ustedes es lo mismo! Lo principal es recibir el dinero. ¡Lo que es sobre

hipoteca, no hallarán quien dé los seis mil reales por esta casa!

—¡Hombre!—objetó D. Antonio; ¡si vale tres mil duros!

—Pues á pesar de eso. Pero... en fin, hagan ustedes lo que quieran.

—¿Y á retro no es lo mismo?—preguntó ansiosa D.ª María.

—Casi igual—habló Gutierrez. Consiste esa operación, en hacer una escritura de compra-venta á favor del prestamista; quedando este obligado á poner á ustedes en posesión de la finca si, en el término que se marque, le entregan la cantidad prestada, mas los réditos.

Gutierrez valióse de sus mañas proverbiales, hasta hacer que la familia accediera á la operación, la cual llevóse á efecto dos dias después.

—¡Buen negocio he hecho!—pensó don Anselmo! Esos, no han de tener dinero que devolverme ¡Resultará, pues, que por seis mil reales he comprado tres mil duros!

Mientras exclamaba así, frotábase las manos fuertemente.

III.

A D. Anselmo le salieron perfectamente sus cuentas, con respecto á este asunto;

cuando se cumplió el plazo, saboreó su triunfo con el mayor agrado; dió gracias al cielo por el tino que le había concedido para tratar ciertos negocios.

Gutierrez fué á verle, para darle la enhorabuena y para ver si le gratificaba.

—No espere V. dinero; le dijo D. Anselmo secamente; ¡demasiado hice por V. al compremeter mis pesetas solo al 11 por ciento.

—¡Y con tantas probabilidades de pérdida;— exclamó algo zumbón el Gutierrez!

—¡No las tenía yo todas conmigo!

—¿Qué nó? ¿Pues cuándo había V. soñado un negocio de esa clase?

—Cien he hecho, más ventajosos aún que ese retro.

—¡Cien robos!—murmuró Gutierrez entre dientes—¡y protegido por la ley! ¡Oh leyes humanas!

Gutierrez, á pesar de su práctica en asuntos de la misma clase, salió aquel dia del despacho de D. Anselmo, por todo extremo conmovido.

¡Él había sido cómplice de casi todas las operaciones! ¡Tenía conciencia, y le gritaba!

Pero á D. Anselmo no le gritaba la conciencia.

Y esto puede atribuirse á que... no la tendría.

EL ALBUM

Muchas son las calamidades á que se halla expuesto el hombre de letras; pero ninguna como las molestias que le producen ciertas pretensiones de señoritas aficionadas á la formación de albumes, con versitos de todos los calibres, donde, por supuesto, es obligación del que escribe ensalzar la belleza—siquier sea en tres redondillas—de la dueña y señora de aquellas hojas blancas que guardan amplias tapas de carminoso peluche ó de olorosa piel labrada.

Pero de todos los albumes conocidos, de los que en toda mi vida de escribidor he alcanzado á ver, ninguno como el de Rafaelita, esa chica morena y pelinegra, con ojos de

mirada profundizadora y con nariz que al menor suspiro se dilata para recoger con ambición el oxígeno.

El libro de Rafaela, aseméjase por su fondo ó faz literaria, á los dias variables del invierno; ora se ven hojas que distinguen firmas de alguna valía, ya mamarrachos con estrambote, que autorizan detestables poetas.

Por esa condición, precisamente, que permite al album susodicho el derroche de alguna hojita más, tráenmelo á mi estudio con la idea ú objeto de que *ponga alguna cosita*.

Recibo con harta amabilidad al portador del libraco, prometiéndole desde luego que he de forzar la máquina de mi cacúmen para ver si hay algo que sea digno de aquel ramillete, donde abundan más la espinas que las flores.

Dóile al mismo tiempo las gracias por la honra que me dispensa, al encargarme de cantar á Rafaelita, y acompañando al pollo hasta la puerta de mi aposento, le dejo en camino de tomar la corriente.

Abro el libro y veo lo que sigue: una hoja en blanco; una anteportada y.... al primer tapón zurrapas; un proemio firmado por un señor Cuadrado, que me deja idem ante su espeluznante relación, donde con frase de memorialista se dice de Rafaela que es un

sol que eclipsa al otro sol, y una rosa mística que perfuma el ambiente.

«Te veo—dice el prologuista—bella, *blanca*, buena, bulliciosa, siendo la delicia de tu ogar (sin h) y quizás serás la mejor esposa y madre en su día.» Como se vé el Sr. Cuadrado no redondea sus periodos pero los hace buenos, bonitos y baratos.

Sigo hojeando y encuentro dos quintillas ramplonas, una de las cuales dice:

«Tú llenas mi corazón
de armonías ideales
que dan vida á la pasión;
porque eres la encarnación
de las gracias celestiales.»

Encuéntrome más allá este *pensamiento*:

«La hermosura de la muger es como la de las flores, que si carecen de riego mueren; para las flores, agua es el riego, para la muger el amor.»

Sigo en mi excursión y encuentro á cada paso lleno de abrojos el caminino (este no es un trozo del álbum.)

En una hoja, escrito en forma diagonal, leo un soneto con su título de *Inédito*, formado con letra redondilla muy bien dibujada: lo bastante para que yo desconfíe de la bondad de la cosa: poeta bueno no cuida de la letra; es un axioma verdadero hasta la pared de enfrente.

El tal sonetito empieza con un endecasílabo tuerto de un ojo, puesto que dice:

«*Hay una llama en tu mirada.*»

Lo que me hace sospechar que Rafaelita tiene tapiada una pupila, pues aunque sea corriente la licencia de llamar por el singular al plural en eso de las miradas, aquí me escamo y me figuro ver á la desconocida dueña del album guiñándome con demasiada insistencia.

He visto, al paso, alguna que otra poesía *regularita*, pero es tal el odio que me inspira ya el librote, que renuncio á trascribir nuevos trabajos.

Yo por mi parte no sé qué decir; ante mi péñola se extiende, como desierto sin oasis, la hermosa hoja blanca donde he de poner *alguna cosita*.

¿Qué pondré? ¡Ah! Una cuarteta, la firma, y debajo la siguiente indicación:

«*Me mudo.*»

LA HERMANDAD DEL CALVARIO

A espaldas de la iglesia de la Victoria, se encumbra un monte escarpado, en cuya cima distínguense como pequeños objetos tres cruces colocadas ante la capilla de color de nieve, donde en breve torre impera bronceada campana.

El camino recto, la verdadera ruta para llegar á dicho monte, que se llama Calvario, no es otro que la calle de la Amargura, la cual, arrancando frente á la iglesia de San Lázaro, conduce al pié de la montaña, presentando ya á los ojos los primeros marmóreos símbolos de la redención del hombre.

Es un Viernes Santo: las hermandades de

la Via-sacra, formadas entre las clases pobres del barrio, se disponen á visitar las cruces haciendo oración procesionalmente.

Mucha es la gente que llena los alrededores del Calvario; la romería no puede ser más agradable, pues en ella se ven confundidas personas de todas las clases sociales, y aunque el hecho que se conmemora debiera despertar aflicción en los creyentes, la amenidad del sitio, el vistoso conjunto de los curiosos y la algarabía indispensable, destierran del ánimo lúgubres ideas, predisponiendo el alma á la alegria.

El tio José, es un viejo muy conocido y apreciado en el barrio. Ha dado este personaje constantes muestras de civismo, emborrachándose tan solo... una vez cada semana. Él organiza la ceremonia, y él es por tanto el más digno de llevar la cruz, ya que tan bien sabe resitirla; pues cuentan que desde que se casó (hace muchos años) la cruz de su matrimonio no ha logrado rendirle, á pesar de las ocho arrobas que pesa la cónyuge.

Por tanto, echa sobre sus hombros un paño morado de damasco, orlado con un galón de oro, cuyo ornamento se halla más que en la ancianidad; introduce el correón por encima de su cabeza, llevándolo á modo de dogal; y levantando con estudiada parsimonia, propia de justos, según su saber,

un pesado crucifijo, colócase enmedio de otros dos hombres del pueblo.

En tal disposición, y reuniendo en torno al fervoroso pueblo, empieza la via-sácra, desde la iglesia de S. Lázaro, subiendo por la calle de la Amargura.

Aguardan, en las alturas de la calle, multitud de pollos, gomosos, pisa-verdes ó como de otro mote se quiera, dispuestos á armar la guasa—que aquí se dice—con la comitiva y en particular con sus directores.

La nota cómica tiene que predominar forzosamente, pues ya se sabe que de lo sublime á lo ridículo hay solo un paso, y este es el que saben andar los encargados de organizar esta manifestación religiosa del pueblo.

Muchas señoritas, que por lo regular van donde *ellos*, pueblan también los sitios inmediatos, atrayendo á los pollos con sus miradas intensas ó con sus sonrisas agradables.

Pero si les preguntais á estas niñas á qué han ido os responderán bajando los ojos:

—A cumplir una promesa, que hice, de subir al calvario descalza.

—¡Ya!—dirá un pollo por lo bajo. ¡Ofrecía sacrificios porque le saliera un novio!

¡Primera estación! El tio José, siempre con

la cruz enhiesta, exclama, dando á su voz un tono de cómica solemnidad.

—«Aquí le dieron al Señó siete mil setecientas gofetás.» Rezan un *diez* de los del rosario, y sigue la comitiva á paso lento.

Las mujeres, con el mantón sobre la cabeza, van rezando en voz baja oraciones, mientras que otras lloran á rios al considerar los hechos que se conmemoran.

Al terminar la décima cuarta estación, que es la última del piadoso ejercicio, la procesión ha llegado á la cumbre del monte, donde la gente no cabe.

El tío José penetra en la ermita, y la gente se atropella por seguirle.

Una vez en el pequeño recinto, el tío José ¡ocupa la cátedra de S. Pedro y arenga á los fieles con esta ó parecida relación!

—«La pasión y muerte de Nuestro Señó Jesucristo es igual tos los años. Lo mesmito le limpió la cara la Verónica el año pasao que este. ¡Considerá las divinas gofetás que le dieron! Pensá lo que pasaría su madre cuando lo vió salí por una calle chorreando sangre....»

El sentimiento del auditorio no tiene límites; el llanto mana ya, cómo desbordado torrente de sentimentalismo.

Mientras, en las afueras de la iglesia el bullicio degenera en desorden, y los más se

burlan de los menos, como ocurre generalmente.

El pollo verdaderamente *gracioso* y con humos de rey en atrevimiento, junto á las mujeres que suben rezando se coloca; y hace también como que es esclavo de la piedad, llegando á arrodillarse ante las cruces, imitando á las viejas, quienes apenas concluidos sus padrenuestros colocan en el pedestal de cada cruz una piedra, tributo de antigua prescripción, aunque un tantico judío.

Fulanita, la que iba á subir descalza, por penitencia, engolfada en conversación con un joven, no se acuerda ya de cumplir su propósito místico. Tiene la creencia de que basta con la intención, y más se afirma en ella cuando vé que el cielo, apreciando sus ofrecimientos, le ha deparado pollo.

Pero... yo pregunto: ¿la autoridad eclesiástica no se ha ocupado de esta costumbre? En ese caso ¿la encuentra perjudicial á los intereses morales, ó antes bien la juzga conveniente como medio de conservación de la fé popular?

Comprometida es la respuesta; pero yo tengo para mí, que apesar de las risas de las personas sensatas que, aun conteniéndose, no pueden menos de rendir su correspondiente tributo á las escenas ridículas; aún á

trueque de la ocasión que á los libertinos se ofrece para dar extensa cuenta de sus innumerables habilidades, la costumbre hija del pueblo que consiste en manifestar pesadumbre por el sacrificio de Dios humanado, la práctica del ejercicio de la vía-crucis, en la forma descrita, no constituyen de ningun modo atentado á la religión de Cristo, pues esta quiere precisamente que cada uno la adore de la manera que mejor le dicte su idea, no ajustándose á ciertas formas que siempre resultan de teatro; en la seguridad de que una oración mal expresada, pero bien sentida, alcanza mayor elevación que la que se produce con palabra correcta, pero con plena distracción de la mente y poco interés del corazón.

Lo que sí está llamado á desaparecer es el recitado de peroraciones de mal gusto, improvisadas por los rudos organizadores de esas ceremonias, encantadoras por su intención y su color local, pero un tanto perniciosas para el nombre de un pueblo que ambiciona el laurel de la cultura.

FUERA DE LA PECERA

Era mucho empeño el de Manuel, aquel día en que yo le visitaba. No queria dejarme marchar sin que oyera una historia y sin que viera á las personas á quienes respectaba.

—Yo—que dicho sea de paso, no gusto de ponerme camisas de once varas, ni me meto donde no me llaman—no queria acceder á las pretensiones de Manuel, principalmente porque creia que la historia cuyo relato me estaba anunciando, teníala escrita; y nada para mí tan irresistible ni monótono, como escuchar los inacabables artículos de mi camarada.

—Son unas gentes—me decía—que merecen la crítica más acerba. Pertenecen á ese

núcleo de los que, dejando yacer en el olvido otras atenciones preferentes, cuídanse primero y después y siempre del lujo, del boato. ¡Galas, siempre galas! ¿Dónde se hallan los que, por su desahogada posición, pueden permitirse dispendios y lujos? ¿En el plinto? ¡Pues vamos á escalarlo nosotros, aunque en la jornada perdamos las fuerzas, aunque nos precipitemos desde las cercanías de lo alto!

—¿Vas á mostrarme—le dije á Manuel—modelos de personas que así se conducen? ¡Guárdatelos, que no los hé menester, y conmigo nadie que por el mundo camine! ¡Tantos de esos hallamos de palmo á palmo en la sociedad, que á tener precisión de describir tipos de esa clase, haríalo el menos *escribidor* con éxito magnífico! Así pues, caso de que intentes formar un artículo—tu eterna manía—donde sirva de pensamiento esa gente que lo sacrifica todo al lujo, depón tus propósitos, caro Manuel, y piensa que en mayor provecho puedes emplear tu ingenio.

—Escúchame: no trato de quedarme en las descripciones, ya que al suponer tú que he elevado á escrito lo que solo he aprendido de la realidad, me has dado la idea para escribir sobre el tema—he de pasar al fondo, he de execrar esos afanes míseros de las gentes, pero no de los que tienen mucho y

gastan á medida de sus fondos en el oropel, sino de los que, perteneciendo á la clase media, á esa clase desheredada é infelice, pretenden lucir, vivir eternamente para las galas engañando no sólo al mercader sino á la sociedad entera. Quiero que te sitúes conmigo detrás de esos cristales; á través de ellos verás el interior de aquel piso principal, cuyos balcones se hallan abiertos, más bien que por descuido de las *fámulas* por deseo de obstentar el lujoso mueblaje; mira, mira al par que yo; ¡magnífico cortinaje, alfombra riquísima, tapices valiosos! ¡Y cuando veas salir á las *niñas*!...

Las niñas salen siempre vestidas á la última, son figurines, pero para mí, figurones.

Una de ellas, la Emilia, tiene novio; y dicen que van á unirse en matrimonio. ¡El dote es un gancho magnífico, asegura bien y más que bien la presa! ¡Pero cuando conozca el marido el engaño, hará alguna barbaridad! Ella también cree que él tiene oro, mucho; pero luego se oirán los suspiros y los clamores!

—Hijo mío, esas revelaciones se llaman, hablando en plata, chismes de vecindad, conque....abur.

—Espérate. ¡Mira! ¿No ves á tres caba-

lleros que entran en la casa?

—¡A mí que me importa!...

—¿Vés, también, entrar un hombre que empuña bastón de autoridad? ¡El juzgado, el juzgado! Empiezan los embargos. Esa gente deberá.... hasta los últimos trapos. ¡Ah imbéciles! ¿Por qué pretendieron subir tan alto, sin medios?

—Pero.... ¿es efectivamente la curia?

—Míralo, míralo.

¡Afán inmoderado de fingir riquezas, de engañar á todos, de aparentar desahogada posición; torpeza que en sí misma halla el castigo! Afán maldito: tú eres como la gangrena, corroes miembros de la sociedad, siembras la muerte, el dolor. Acabe ya tu misión.

¡Criaturas desheredadas, que tales deseos alentais, que afanes de lucir galas y aparentar riquezas abrigais, mirad al pez que en el acuático mundo vive; sacadlo de su pecera, le vereis morir, no está en su elemento! ¡Vosotros tampoco os hallais en el vuestro cuando, pretendiendo imitar á los opulentos, salís del modesto estado en que os colocó la fortuna. Fuera de la esfera que os corresponde, la vida que vivís es completamente ficticia, no puede prolongarse.

Volved el rostro. ¿Veis? El pez extraido del recipiente se agita convulso sobre el pavimento, y pronto fenecerá.

¡No salgais, por Dios, de la pecera!

LAS BIZNAGAS

Flor clásica de mi tierra, ó mejor dicho porción de flores unidas en consorcio para formar una, puñadito de jazmines olorosos, cautivos en el espeso conjunto de finísimas espigas, que á su vez hállanse sugetas por el extremo inferior, en un palito ó tallo duro y como de una cuarta de longitud.

¡Qué bien huele! ¡Qué bien exhorna el monte de seda rubio de una cabeza femenil!...

Yo no he visto las biznagas más que en mi tierra, en esta tierra donde hay tanta gracia y... tan poco dinero.

Es más; fuera de Málaga me ví precisado una vez á describir la biznaga; y como los

oyentes recurrieran á un diccionario enciclopédico, hallaron.... que no hallaron nada; porque el autor hablaba solo de la biznaga como «planta que echa unas cabezitas con multitud de palillos muy á propósito para limpiarse los dientes.»

Pero esta explicación del libro, lejos de negarme auxilio para mi descripción, me lo facilitó; pues entonces hice comprender que, efectivamente, la biznaga de Málaga es la conocida generalmente, sino que los palillos de esa flor sirven en mi patria, no para limpiarse los dientes, sino para ensartar en cada uno de ellos un blanco y perfumado jazmin.

Frasquitillo es un chavea muy conocido en el barrio por sus proverbiales travesuras. Un día, jugando á las chapas, gana tres perrillas y concibe la idea de emplearlas en biznagas para revenderlas por las calles.

Con efecto, dicho y hecho: se acerca á unas chumbas, corta una penca ó una tuna, la despoja de sus punzantes espinas, y por los quince céntimos adquiere más de veinte biznagas, que él se propone vender á cuarto.

En la penca, que es blandita, clava los extremos inferiores de las flores, y así puede pasearlas por todas las calles, con grande comodidad y sin perjuicio para la mercancía.

Dá risa de verlo: el granujilla es chico,

morenillo, con una gorra mugrienta tirada sobre la nuca, con un camisoncillo tan desgarrado y sucio que muy bien merece el nombre de harapo, con unos pantaloncillos tan remendados y llenos de ventanas, que ni el edificio del Gobierno civil las tiene en tanto número.

Y á todo esto, descalzo de pierna, y pié, sin temor á los dardos que puede hallar su planta.

Colocando la mano sobre un carrillo, grita acompasadamente:

—¡Niña, la biznaga! ¡A cuarto la biznaga!

Una jóven se asoma á la puerta de su casa: vedla con la cara hecha un depósito de harina, miradla con las greñas colgando.

Estaba peinándose, pero al oir el pregón ha decidido salir de cualquier modo, para comprar la flor que ha de embellecer su *toilette*.

—Niño, ¿á como són?

—¿Estas? ¿estas?.. .. á cuarto unas con otras.

—¡A cuarto! Eso está mú caro. Llévatelas.

—¿Las quiúste tres en una perrilla?

—¡Si son mú malas!

—¡Ya lo creo! ¡Pos sino las hay lo mismo que en esta en tó er mundo!

—¡Anda, granuja!

—¡Y que vasté á está poco bonita con ella!

—No me dés coba. Te las compraré. Dame tres. Toma er dinero.

El chico se vá de allí, tan satisfecho.

Al entrar en la calle próxima, halla á dos chaveas más, que juegan á las chapas.

Se les aproxima nuestro vendedor, y pregunta:

—¿Jugo, chavea?

—Juga.

Frasquitillo pone la penca en el escalón de la casa inmediata.

—¿A como las vás vendiendo? le pregunta el mayor de los chiquillos que juegan.

A cuarto; y si me veo mú comprometío, á céntimo.

—De mó, que si se vendieran á dos un céntimo, toas las mozuelas las comprarían mejón que las que venden los otros.

—Sí; pero como cuestan má, no puén venderse á eso.

El granuja que preguntó el precio, dice:

—Pos vaya; jugá ostedes, que yó sus miro sentao.

Mientras el biznaguero y el otro tiran piezas contra la pared, el chavea desocupado trinca la penca y echa á correr, roba las biznagas, y al volver dos esquinas pregona.

—Biznagas, dos en un céntimo.

En tanto dice para su capote (que no tiene, porque vá muy ligero de ropa).

«Yo pueo venderlas asina, porque como no me han costao ná, toas son ganancias.»

Cuando Frasquitillo se apercibe de la partida, rabia, patalea, llora... y maldice á su *mare* que es una compasión.

AGUAS-BUENAS

—¡Pobre Adelita! ¡Pobre Adelita de mi alma! ¡Cuidado que está flaca y descolorida! ¡Pero lo peor del caso es que el médico, pícaro mata-sanos de mis pecados, manda que tome baños á diestro y siniestro! ¡Es decir, gasto y más gasto!

¡Y luego *beefteak* por la mañanita, chuletas al mediodía, salchichoncito para la cena y emulsión Scott y... demonios que se lleven á todos los Galenillos! Por eso no quiero que tenga amoríos.

—Pero hombre, repara en que la niña está delgada, por... eso. Déjala que hable con Gonzalito; ¡si ella le quiere! ¿No te acuerdas de nuestro noviazgo, hombre?

—¡Bah, no me hables de eso, que me pongo de mal humor! La niña no necesita novio para engordar, lo que necesita son baños, baños. ¡Como que está hecha un bacalao!

—Y por eso quieres echarla en remojo.

—Nada, Angustias; tú eres siempre la madraza, yo el padre severo que sabe guiar á sus hijos. No hay novio, baños, bañitos.

Y no hubo apelación; Adelita siguió condenada á no charlar ni un minuto con su Gonzalito, contentándose con recibir sus amorosas cartas que le entregaba misteriosamente la doméstica.

A los dos ó tres días, D. Genaro se presentó temprano en el cuarto de Adela.

—Niña,—le dijo—arréglate, porque vamos á los baños.

—¿Ya? ¡Ay papá de mi alma! ¡Si no tengo ganas! ¿Por qué no me lo avisaste anoche? ¡Ea, no quiero, ea!

—Anda, desobediente; vístete.

—Pues habérmelo dicho antes!

—¿Antes, para que se lo comunicaras á ese tipo y nos viniera siguiendo? ¡Te engañas!

Adela aunque era un tantico perezosa, no pudo resistir á las paternales excitaciones; y á la media hora salió arreglada de su dormitorio.

Padre é hija, el primero alegre porque había burlado al constante Tenorio, y la segun-

da cariacontecida, se dirigieron al balneario.

La niña entró en su cuarto, sumergióse en la tina dando tiritones, y chocando sus dientes. ¡Qué fría estaba el agua! Pero ya se vé; el médico habia prevenido que, á ser posible, la temperatura del agüita no bajara de 16 grados.

Inconscientemente levantó los ojos Adela y... vió sobre la tina un ventanillo; subióse en los bordes del recipiente, empinóse un tanto y... ¡oh gusto, oh satisfacción hermosa! La ventanilla correspondía á un jardín extenso y solitario. En una alamedilla, no cercana, hería la tierra con el escardillo el moreno labriego

II

¡Adelita deseaba tomar el segundo baño! Presentóse muy de mañana en la habitación de papá.

¡Demonio de chica, qué caprichosa! Ayer se obstinaba, hoy me marea y me aturde. ¡Ya voy, hija mía, ya voy!

Cuando entraba en el balneario la niña y su padre, Gonzalito escalaba la baja tapia del jardín y hablaba con el encargado.

La Adelita penetró en el cuarto y, subida en los bordes de la tina, peló la pava, por

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO Diputación Provincial MALAGA

largo espacio, con el novio que en el jardín estaba.

Mientras D. Genaro leía el periódico sentado ante la puertecilla del cuarto, viendo con gusto que su niña se aficionaba al agua.

—¡Mi hija se va á convertir en pato, decía. ¡Niñaaa!—exclamaba dando con los nudillos en la puerta.

—Ya voy, papá,—contestaba desde el interior con voz enérgica.

III

Adelita lloró un día porque la temporada de baños iba concluyendo.

D. Genaro le decía á un amigo:

—No puedes figurarte lo que siento que deje mi niña los baños. Ella llora, pero yo no estoy menos triste. ¡Como que ha mejorado de modo tal su salud, que creo no habrá muchacha que en robustez le aventaje! ¡Ay amigo mio! Puedo decir que estas que ha tomado mi niña, son las verdaderas Aguas-Buenas.

EPÍSTOLA

Sr. D. Francisco G. Santa-Olalla.

Mi querido amigo: de dispensarme habrá V. por atreverme á dirigirle esta epístola, de peores efectos-si cabe-que la celebérrima de S. Pablo. Item: me perdonará el ensañamiento que voy á cometer con su extraordinaria modestia, aunque no debe desestimar una circunstancia que campea en este mi propósito cual es la de obrar yo con la mejor intención ó buena fé, que debe tenerse en cuenta en los actos todos del hombre.

Nada de provechoso hallará V. en esta mi carta, que será para muchos *carta blanca*, por aquello de que no se encontrará en ella ni pizca de sustancia; mas yo habré cumplido mi deseo de presentar á V., tal como es,

permitiéndome servirle de *augur*, sin que por ello mire ni á los cielos ni á los pájaros, buscando en ellos señales que me revelen el porvenir de V., que eso de mirar al cielo es aquí cosa de bobos, aunque no lo fuese en Roma, y por otra parte, para decir algo de lo futuro, relacionado con la carrera de usted tan bien comenzada, no hace falta legión de máculas.

Al escribir, en el anterior parrafillo el nombre de la populosa ciudad de Rómulo, crèame V. que he pensado en que allí marchará, y pronto, para bien de nuestra artes. No lo dude: pensionado por alguna corporación importante, viajará V. con dirección á la capital de Italia y allí recojerá con múltiples ventajas su privilegiada inteligencia, la educación artística que en tal emporio se concede á los pintores. ¡Plegue al cielo que la entidad que haya de protegerle tenga la costumbre de pagar—costumbre hermosa cuando con nosotros han de cumplirla, aunque desabrida costumbre cuando hemos de cumplirla nosotros!

Y, al cabo, pierda V. todo cuidado, que quien tiene lengua á Roma vá; y V. si su lengua se mueve más que ahora en su provecho, á la ciudad del Vaticano llegará como desea y (ya empiezan los augurios) de allí volverá con gloria, demostrando á todos que

es bueno el refrán que dice: «quien tiene arte, va por toda parte.»

Pero déjeme retratarle, que no ha de ser V. solo quien haga tal; y aunque el resultado de este su retrato no sea satisfactorio, como siempre lo es en los que V. emprende, justo me parece que yo cumpla lo ofrecido más arriba, al decir que «he de presentar á usted tal como es.»

Usted, querido amigo, tiene una modestia á prueba de bomba, y esto que en otro siglo y edad sería una gran virtud, no es hoy sino una majadería de á folio. Porque..., (¡lejos de mí abogar por la inmodestia!), la modestia es efectivamente una verdadera virtud, pero cuando se la eleva á tan exagerado punto como V. la encumbra, no sirve sino de obstáculo.

Otra cosa, y abra V. el paraguas: usted tiene ingenio, inspiración, constancia, buenos deseos, altas aspiraciones y sobre todo una cámara oscura en cada retina. V. piensa, usted sueña con el arte, usted saca fuerzas de la enervación, propia de los artistas del Mediodía, y usted en fin recoge con fruto las enseñanzas de su sabio maestro el eminente Martinez de la Vega.

El precioso lema «todo por el arte» parece que con caracteres indelebles lo grabó V.

en su corazón, desde que hizo la profesión de fé; y con tantos elementos, amigo mío, va V. á ser provechosísimo al arte del isleño del Coo, prez y honra de los griegos.

Fíjese siempre en los buenos modelos, admire con igual fruición que hasta el día todas las obras de arte, que tanto V. las aprecia y encantado las estudia, del mismo modo que todas las profanaciones hechas al arte le exasperan; recordándome con esto á Alonso Cano, el *Miguel Angel* de España, la gloria granadina, á quien en el trance angustioso de la agonia le asistió ánimo bastante para conocer la imperfección del crucifijo que le presentaban.

Estudie V. mucho, Santa - Olalla, mucho, no descanse que ya le llegarán horas felices de reposo. Pero ya le veo sonreir diciéndome también en su estilo peculiar:

—¡Qué gracia! Aconseja V. lo que debe hacer también.

Y yo le digo que no se fije en lo que haga ninguno, sino en lo que á V. le conviene hacer, y perdóneme lo brusco de la respuesta.

Con que hasta otra, mi apreciable amigo, y celebraré que ingrese usted pronto

en el Templo de la Gloria, ese recinto destinado á los genios y vedado á los que tienen los escasos méritos de este su amigo.

EL SOLDADO NUEVO

(Episodio)

Un testigo presencial de los hechos me los refirió, no há mucho, y yo, que prometí narrarlos, dóilos á publicidad con la tendencia de hacerlos populares.

Adolfo era un joven tan impresionable de suyo, que cualquier cosa nueva le inspiraba grandes aficiones, haciéndole decaer en entusiasmo por la que antes amó; así, pues, cuando oia tañer una flauta ya sentía comezón de ser flautista, y cuando oía entonar un salmo, picábale al pobre el deseo de ser salmista. Por esta condición de su carácter, Adolfo emprendió cuatro ó cinco carreras, abandonando las unas por las otras, ape-

nas comenzado su estudio, hasta que cansado de aulas y de libros, dejándose llevar de uno de sus arrebatadores impulsos concibió la idea de adelantarse á su suerte de soldado, sentando plaza precisamente en una época de desquiciamiento donde todo militar andaba sobre las armas y todo ánimo vivía conturbado por los sinsabores de la revolución.

Apenas vestido por Adolfo el uniforme de defensor de la pátria, apenas instruido en el manejo del fusil, que gravitaba pesadamente sobre su hombro, vióse precisado á entrar en acción ¡él, que cosido á las enaguas de su madre no había volado aún por las estensas regiones de la experiencia!

Adolfo, confundido entre los reclutas de su pelotón, sosteniendo el ros un tanto grande en relación con su cabeza, marchando con la ligereza de los cazadores, dirigíase á la hermosa ciudad que cruza murmurador el *Bétis*, encaminábase á Sevilla donde el pueblo hacía ruda oposición al ejército, donde la milicia nacional tiroteábase, resguardada por la improvisadas trincheras, con los batallones del rey que pretendían entrar á viva fuerza en la población.

A Adolfo sumbábanle las sienes, temblábanle los puños y apenas podía disparar un tiro. Empero caminaba á su lado un soldado

viejo, de piel curtidas en cien batallas, de dientes movedizos por la constancia en romper el cartucho y de corazón tan valiente y arrojado que en el pelotón aquel no iba por cierto ningun soldado que pudiera imitarle.

Cada vez que Adolfo decaia, arengábale el soldado viejo comunicándole un tanto aquel *sprit* que le animaba.

—¡Anda, soldadito nuevo!—decía el viejo castellano.—¡Anda y no desmayes, anda!

Entonces animábase, como por encanto, el infeliz Adolfo y cargando automáticamente la carabina, disparaba un tiro y otro y otro, que hacía arder el cañón humeante del arma.

Pero mientras el soldado nuevo tiraba sin dirección, inconsciente, el *distinguido* castellano hacía cada blanco que mermaba las contrarias filas. Encorbávase el soldado viejo, y, apenas habíase escuchado la detonación, cuando ya tenia colocada la nueva cápsula; tal era la ligereza del viejo. Aquel hombre se crecía en la liza, parecía disfrutar peleando, hasta su estómago, vacío, parecía aplacarse con el fragor de la contienda.

El pueblo sevillano oponía una resistencia demostrada en todos los lugares donde se peleaba. ¡Hasta las mugeres ayudaban, desde los adornados balcones, á los valientes ciudadanos!

Una *trianera*, asomada por entre el bazar cubierto de frondosas macetillas, asomó sosteniendo con ambas manos un caldero de candente fondo y de humeante penacho. La heroina terrible recató el rostro, miró al pelotón de cazadores, vió al soldadito nuevo revolviéndose confuso debajo del balcón; estaba el joven militar perfectamente al alcance de sus iras; en aquel instante alargó los brazos la sevillana, suspendió en el vacío aquel caldero lleno de aceite hirviendo y con afán reprobado arrojó impetuosa el líquido,que cayó de plano sobre el desdichado Adolfo, haciéndole sufrir dolores terribles.

Un grito angustioso, desgarrador, brotó del balcón de la *trianera*, á tiempo que esta caía de espaldas herida por un balazo.

El soldado viejo, que se había propuesto velar por el joven, advirtiendo el atrevimiento de la sevillana, apuntóla con su fusil, haciendo blanco como siempre.

EL BASTIDOR Y LA BAMBALINA

CAPÍTULO I.

UNA SEÑORA DEL CORO.

Vedla allí, entre bastidores, luciendo el traje de la vestal y dispuesta á sacrificar á los dioses. Su mirada no parece de sacerdotisa; aquellas pupilas reflejan intensas llamaradas que brotan á impulsos de mundanales deseos. Otra vez la hallais con la bordada saya y el pulido jubón, semejando por su aspecto una retozona y cándida montañesa, de aquellas que, solo al verlas, parece difundirse por la atmósfera un delicado olor á romero y tomillo.

O ya la veis, cambiada de sexo, luciendo curvilíneas formas, cuya redondez auxilió el relleno; ciñendo la tizona y el afeminado birrete; completando así un tipo semi-varo-

nil que, aunque falsea la verdad de las cosas, satisface los pueriles deseos del público. Entonces es cuando la corista aparece verdaderamente ridícula—pese á los aficionados á exhibiciones desvergonzadas. Por que cada cual tiene asignado su papel en el mundo. El hombre y la muger no deben confundirse jamás, ni en las manifestaciones exteriores ni menos en los sentimientos ó impulsos del corazón; pues aunque la bondad de ideas deba ser común á todas las criaturas hay, sin embargo, sentimientos característicos de cada uno de los sexos y cuando se invierten aquellos producen náuseas al observador.

Mas dejando aparte divagaciones, haremos constar, jurándolo por Dios y nuestra ánima, que no fué el impulso que nos animó primero el deseo de escribir acerca de la corista en general. Debe cesar nuestra pluma en sus breves consideraciones, un tantico filosóficas, al apuntar el nombre de Emma.

Emma es una partiquina del «Gran teatro de Wagner,» en cuyo amplio escenario se canta la ópera italiana durante las temporadas de invierno.

España fué la patria de Emma, en ella creció y, á los diez y ocho años de vida, comenzó su carrera artística. Empezó por «bu-

fa», cantando la retozona copla de las zarzuelas festivas y á poco ingresó en una como pañía de ópera italiana donde hizo su repertorio de corista, llegando siempre á obtener el privilegio de colocarse la primera en la fila de las contraltos.

Desde su puesto lanzaba siempre, con harta coquetería, sus miradas á los proscenios, alternados con las primeras lunetas y de ese modo los silbantes acudían á docenas, como los insectos acuden al vino. Pero Emma, que tenía para todos palabras de misteriosa atracción, reservábase en cambio de dedicar su alma á ninguno de sus caprichosos perseguidores. Era una muger de teatro, y nada más; siempre creía hallarse en la escena, todas sus actitudes, todas sus frases eran producto de un largo estudio; el corazón dormía, la imaginación solamente ejercía su imperio.

Con una mujer de tales condiciones, el peligro es inminente para todo aquel hombre que pretenda requerirla de amores. Emma, pues, constituía por sí sola un grave riesgo. Pero los «tenorios» de bastidores son á veces, como las mariposas; revolotean en torno de la llama gozando con la calidez de la atmósfera que se desenvuelve y al aproximarse más y más no comprenden que el fuego es un elemento devastador.

Cometeríamos sin embargo de lo dicho, un delito de lesa vulgaridad, si asignáramos solamente á los gomosos y á los calaveras el papel de amantes de coristas. Estas pueden inspirar un sentimiento de amor, no solo á las mariposas de escenario, sino también á los moscones.

En esta novelilla nos hace el papel de moscón, enamorado de Emma, el tramoyista Mauricio, director de toda la maquinaria del «Gran teatro de Wagner» y fiscal de la guardarropía alta y baja. Este último cargo, nuevo en el teatro, ejercíalo Mauricio por afición. No bien veía colocar en el escenario un sillón algo deteriorado, cuando ya se encaminaba al almacén del mueblista y le endilgaba una «catilinaria» capaz de desmoronar la reputación más fuerte.

Mauricio era un hombre de estatura regular, barba rubia partida en dos, espeso mostacho y escaso cabello que cubría durante las noches un gorro de cartón forrado con percalina roja, de cuyo casco pendía una borla de estameña.

Era un hombre de hercúlea fuerza y de un especial conocimiento en los trabajos á que se hallaba dedicado.

Los brillantes ojos, semejantes por su color á dos ágatas bastantes convexa-cóncavas, fijábanse con expresión. Parecía que

aquel hombre extraño gustaba de escudriñarlo todo.

Algo rechoncho, Mauricio, suscitó alguna vez la risa de cuatro importunos; pero éstos pagaron sobradamente su ligereza, al recibir un empellón de aquel atleta con honores de pigmeo.

Muchos años hacía que Mauricio veía desfilar, sin que ello le interesara, á las muchachas del coro que discurrían por el escenario en horas de ensayos y espectáculos. Mas por una de esas estrañas combinaciones del hado, llegóse á fijar nuestro tramoyista en la codiciada Emma, que, al advertirlo, sintió repugnancia, aunque más tarde se acordó de lo que un consueta, charlatán de oficio, le habia dicho en tono confidencial:

—¿Tú ves ese?.... Pues dicen que guarda una henchida bolsa de peluconas, fruto de sus incesantes ahorros.

Y era verdad; Mauricio no tenía familia; por tanto sus atenciones eran tan cortas, que del mezquino salario podía apartar todas las semanas alguna moneda para la hucha.

Dotado el tramoyista de un instinto noble, que se avenía mal con su grotesca figura, no pensaba en los vicios que tanto halagan á los sentidos del hombre.

El recuerdo de la caja de ahorros del ma-

quinista resucitaba en la mente de Emma, cuando aquel la dirigía sus galanteos con burda pero sincera palabra. Ponía en juego la corista sus artes de amor y Mauricio, al redoblar sus instancias, resbalaba por una áspera pendiente.

Aquella muger trataba de comerciar con su alma; fingir primeramente un cariñoso interés más tarde amor y luego pasión, pues con estas fases había lo suficiente para que la hucha perdiera su contenido.

La muger que comercia con su alma es más repugnante, si cabe, que la que alquila su cuerpo. La segunda es la que oficialmente lleva el nombre característico de su tráfico; pero la primera es tan prostituta como la segunda.

Mauricio había recogido ya alguna sonrisa de Emma que simbolizaba para él una halagüeña esperanza.

Y á todo esto, entre las señoras y caballeros del coro, ayudantía de maquinaria y asistencia de guardarropía, no se hablaba de otra cosa que del insensato capricho del gefe de los telares y de la resonancia que los galanteos de éste parecían producir en el corazón de la partiquina.

Todas las noches, como cosa meramente accidental, situábase la corista junto al bastidor primero izquierda. Aquel bastidor lla-

mábase el de Emma. A él concurrían los monigotes de alto cuello y baja solapa: la juventud elegante que iba á hacerse ilusiones con las miradas de la cantatriz.

Entre esta multitud sobresalía, no solo por su alta estatura sino por su audacia proverbial, el joven marqués de Villena, individuo de veinte y cuatro abriles, exhornado con barba puntiaguda, al estilo de la época.

Villena tenía adelantado más terreno que sus rivales, por que era más rico que cada uno de ellos y por que su título sonaba á voces de gloria en los oidos de Emma.

Además, los brillantes que lucía aquel noble señor, ora en la corbata, ora en el medallon de la cadena, ya en las sortijas que prestaban afeminado atavio al meñique de su mano izquierda, reverberaban en las retinas de Emma, produciendo misteriosa atracción.

La piedra de uno de aquellos anillos, aventajaba en claridad y hermosura á las demás; parecía una lágrima de una virgen, congelada sobre la aurífera sortija.

CAPÍTULO II.

COSA HECHA

Lo era ya: Mauricio y Emma se entendían. El andaba á vueltas con su corazón, que parecía preguntarle á veces «¿sabes lo que has hecho?» «¿estribará tu perdición en esa mujer?» Pero inmediatamente hallaba satisfactoria respuesta, juzgando que su nobleza, al ofrecer su honrado nombre á Emma, no la pagaría ésta nunca con una deslealtad.

Hiciéronse oficiales ante las gentes del «Gran Teatro» las relaciones amorosas entabladas entre la cantatriz y el tramoyista; pero ni esto fué óbice para que los pretendientes dejaran de concurrir al bastidor de Emma, ni para que ésta les hiciera aguardar mucho.

Durante el desempeño de los actos, Mauricio se hallaba en los telares cumpliendo con los deberes de su oficio; ya mandando añudar á las barandas las cuerdas de un telón ó de un rompimiento, ya ordenando el despliegue de alguna decoración que hacía

variar momentáneamente la escena, en mutación rápida.

En tanto, Villena y sus amigos charlaban, con Emma y ella dirigía la mayor parte de sus palabras al enamorado marqués.

—Chica; decíale á Emma una compañera. Si te vé aquél.....

Y señalaba á las bambalinas.

—¿Aquél?..—Preguntaba Villena con sorna.—¿Es algún espíritu invisible que pueda descender en misteriosa nube?

—¡Ya lo creo!—añadía Emma.—Y presentarse blandiendo vengadora espada.

Una carcajada concluía con estas frases.

—Es cierto—objetaba el marqués, particularizándose con la corista.

Usted pertenece ya á ese hombre, que, ciertamente, no corresponde á tanta hermosura. ¿Cómo ha de comprender Mauricio las delicadezas del corazón de Emma? Ese hombre tiene unas manos muy toscas para ese talle tan breve; pero hay misterios incomprensibles, querida Emma, y este es uno de ellos. Un hombre que puede ofrecer á V. risueño porvenir, que la quiere con locura, se vé despreciado y preterido. Ese tramoyista, que lo mismo sabrá cambiar de amor que de telón, y que por otra parte no puede ofrecer á su querida los halagos de la fortuna, vence en la lucha empeñada y consigue que

Emma le quiera, le adore. ¡Ay, amiga mía, eso es dar pruebas de poco juicio!...

Sombría tornóse la frente de la partiquina; parecía que aquellas razones caían pesadamente sobre su cerebro.

Redobló el marqués sus considerandos y acabó por aturdir á Emma, que en aquellos momentos temía haber perdido una posición desahogada al preferir á Mauricio.

Pensó, sin embargo, que ella sola podía remediar la situación; y, por el pronto, no concibió otro medio que el de atraer á Villena con miradas interesantes. Sonrió de aquella manera que había aprendido y que tan buenos resultados le ofreciera otras veces; dió á entender que el maquinista no poseyó jamás ni su alma ni su cuerpo y terminó alegando que el amor pertinaz de Mauricio no podía ser correspondido por ella, á pesar de que en diversas ocasiones se había visto obligada á conversar con él en secreto.

Así diciendo terminóse el extenso diálogo entablado por el marqués y la corista; poniendo punto en la conversación la voz del activo traspunte que resonaba imperiosamente diciendo:

—¡Fuera el coro!

Mientras cantábase el hermoso concertante de la *Lucía*, una cabeza barbada, cubierta con roja gorra, asomaba por encima de

una bambalina de ropa. Era Mauricio, que contemplaba con éxtasis á su adorada Emma, mirándola con tan grande codicia, que desde abajo hubieran podido confundirse sus ojos con dos puntos de bruñido acero reflejando las luces de las baterías.

CAPÍTULO III

Media noche en la celda de Mauricio

Terminada una función teatral, cada mochuelo marcha á su olivo; quédase el teatro vacío de gente, el decorado recogido en lo alto de los telares, los practicables guardados en los fosos ó almacenes, los trastos arrinconados unos sobre otros. Todas las luces que dan animación al coliseo, van perdiendo simultáneamente su explendor, descienden pausadamente hasta desaparecer por completo, dejando á oscuras el interior de sala, pasillos y escenario. Después... la requisa: el conserje que discurre, linterna en mano y seguido de algunos de sus secuaces, por todas las dependencias del edificio.

«El Gran Teatro de Wagner» era de proporciones verdaderamente hermosas, pero los encargados de practicar el registro de última hora verificaban la operación en un santiamén; por que dice el adagio que la práctica hace maestro y la maestría de los celadores se comprobaba por la prontitud con que realizaban la requisa.

Luego cerrábanse las grandes y pequeñas puertas y el conserje retirábase á su aposento que existía próximo al vestíbulo y que, aun comunicándose con el interior del coliseo, tenía oficial entrada por una puerta distinguida con el letrero de «Conserjería», que correspondía á la fachada principal del edificio.

Mauricio tenía también su celda dentro del teatro, en la crugía que formaba el primer piso de los telares; su cuarto era una especie de zaquizamí exhornado con tres taburetes de pino, un catre, una mesilla pintada de negro y un arca de no pequeñas proporciones. Sobre la mesa veíase un farol de los que servían para andar por los fosos.

Poco después de haber terminado la representación de «Lucía de Lammermoor», oíanse doce campanadas procedentes del reloj de la basílica inmediata al «Gran teatro».

Mauricio salió del escenario haciendo rechinar una mampara que cubría la puerta de

comunicación con el pasillo de los cuartos; en estos se ataviaban los actores. Al fondo del corredor que se presentaba á la vista, distinguíase una escalera de caracol por la cual se llegaba á un entresuelo donde existían las habitaciones para los artistas y los pequeños aposentos en los cuales hacían su «toilette» las segundas partes.

Todos aquellos lugares estaban oscuros; solo una ráfaga de luz escapaba por la entreabierta portada de la sala de «señoras del coro.»

Aproximóse Mauricio á esta pieza, dió un suave empellón á la hoja de madera que interceptaba el paso y distinguió á Emma, que, en el interior, le esperaba.

—Por fin;—dijo él.

—Sí; puesto que deseabas tiempo para desarrollar tu plan...

—¡Oh! ¡Como podré yo pagarte este favor!...

—Ya ves. El paso que doy es en contra de mi honor. Cuando se sepa.... por que se sabrá, los comentarios serán desfavorables y...

—¿Qué te importa?—preguntó el maquinista. Como has de casarte conmigo...

—¿Casarme?... ¡Qué locura! Vamos, hombre, tú no sabes lo que te dices.

—Pero...

—Nada; tienes razon. ¿Por qué no ha de

ser?... Mas deja que me ría; como ya se me iba haciendo amable la vida de soltera...

—Pues nada,—objetó Mauricio con apasionada voz—yo quiero que seas pronto mi mujer, que no vuelvas á salir á la escena; porque... ¡siento yo tanto que todos te echen los gemelos y te codicien!... Cuando veo que te están persiguiendo, que te galantean esos señoritos de Lucifer, siento como si una culebra se enroscara á mi pecho y me fuera apretando, apretando, hasta dejarme sin alientos.

—Hijo, qué celos!....

—Ah, tú no los conoces todavía. Ya, ya los irás conociendo. Pero tú tienes la culpa de...

—Estás dramático hasta dejártelo de sobra.

—Tú tienes la culpa de mis celos: cuando yo no te veo en coloquio con ese marqués, despreciable chisgaravís que ya me está preocupando, me lo cuentan los muchachos de abajo. Comprendo lo que me dijiste el otro día, tú tienes que alternar con el público, por eso deseo que acabe esta situación.

—¿Y era... todo eso... lo que tenías que decirme?

—¿Te parece poco, querida Emma?...

—Pues entonces, adios;—dijo levantándose de su asiento la tiranuela.

—¿Qué, te vas?.. ¿No quieres, siquiera ce-

nar conmigo?... Anteanoche echaste de menos el Burdeos; hoy he comprado dos botellas.

Vamos, vamos; repitió la corista. Pero un cuarto de hora y nada más.

—¿Un cuarto de hora?.—Preguntó con cierta intención el apasionado.

—Cuando nos casemos, como tú dices, ya no tendremos que separarnos;—recalcando las frases dijo Emma.—Pero te advierto que entonces no subiré á una habitación tan alta ni tan pequeña.

—Buscaré otra, la que quieras. Porque tú serás la reina, la que todo lo dispondrá. Porque te quiero como no puede querer nadie en el mundo.

Así diciendo intentó Mauricio acariciar á su amada; pero ésta dando un paso atrás y poniendo arrugado el ceño lanzó una reconvención al atrevido tramoyista, quien se arrepintió de veras de su intento, pensando que había dado lugar á un serio disgusto.

Aquella mujer negaba á Mauricio, lo que con harta prodigalidad ofrecía á sus peculiares amantes.

Atravesaron juntos los pasillos que conducían al escenario, entraron en él, dirigiéndose al frente y subieron por una tosca escalerilla de madera que daba acceso al telar. Una vez allí, Mauricio sacó una llave que

guardaba en el pecho, introduciéndola en la cerradura y torciéndola dos veces; después combinó un candado de cifras que sujetaba también la puerta y empujando ésta con el pié derecho, quedó descubierta la habitación en la cual entró primero y súbitamente, la luz del farol que Mauricio había colocado ante la puerta y deseguida la corista y su amador.

Sobre la mesilla se hallaban los manjares: unas lonjas de jamón, cuatro pasteles y un abadejo; sobresaliendo entre todas estas frioleras, dos frascos de Burdeos cuya marca hubiera ilusionado á un buen entendedor.

Empezó la cena y durante ella cuidóse Emma de no menudear sus libaciones; excitó á Mauricio para que apurara las copas consiguiendo ponerlo en ese estado repugnante en que el hombre se olvida de cuantas conveniencias pueden hacer su compañía agradable. Un beodo es capaz de llevar á cabo degradantes acciones de las cuales es relativamente culpable; pues si es cierto que durante su perturbación no tiene conciencia de la calidad de sus actos, también lo es que él provocó el estado anormal en que se halla.

Por algo hemos tomado este giro: Mauricio, á favor del estado de embriaguez que perturbaba su inteligencia, columbró un

mundo de delicias impuras al contemplar á su prometida.

Ansiaba saciar en ella sus contenido apetito, hacerla suya al enroscar su nervudos brazos á la cintura de Emma; posar sus grotescos labios sobre el rostro de la partiquina, aquél rostro de carnosas mejillas que más bien debía su adorno al droguista que á la naturaleza. Aproximábase á la corista impulsado por sus deseos, pero esta le repelía despreciativa.

Empero él ya no se curaba de las exhortaciones de su amada y repetía los embates con mayor desenfado.

La embriaguez y el sensualismo hirviendo juntos en el cerebro de Mauricio, le arrastraban hacia al objeto de sus ansias, pero este se separaba de su lado ó le apartaba de sí.

Y de este modo se acrecentaban los afanes lúbricos de aquel hombre, pues todo lo que se desea y no se alcanza, teniéndolo cerca, produce mayor incentivo.

Complicóse más y más el fuego de la borrachera con las llamaradas que engrendró el bestial sensualismo; dirigióse nuevamente el beodo á Emma, que ya iba entrando en cuidado, pero tuvo valor para empujar forzudamente á Mauricio, que rindiendo tributo á la ley de la gravedad cayó pesadamente sobre los mazaríes, formulando una carcaja-

da estúpida á la que siguió un llanto y unos lamentos descompasados.

Ya no tuvo miedo la cantante: sabia ella por experiencia que los hombres en tal estado son inofensivos. A poco, dominó por completo la crísis al tramoyista; y confundido en un sopor extraño, pudo Emma contemplarle tendido sobre el pavimento. Como la corista no tenía posibilidad de salir á la calle, resignóse á pasar lo que quedaba de noche en aquel chiribitil erigido en templo donde se prestaba adoración á una beldad impura, y dando pruebas de filosofía recostóse en el vacío catre, que al recibir la carga crugió..., como acostumbraba á hacerlo todas las noches.

El lector habrá extrañado que Emma, hallando repulsivo al director de los telares, pasara con él algunos ratos en su morada.

Pero lo encontrará racional y lógico cuando sepa que la corista necesitaba dinero para muchas cosas; entre otras para hacer un viaje á Milán donde había explotado á un «signor» bastante rico y al cual pretendía aún sacarle dinero.

Los «Anales de la chismografía teatral», obra impresa y publicada... no sabemos dónde, decian que en la mañana siguiente á la noche de la escandalosa cena que describimos, Emma logró obtener cuatro mil reales

para un vestido y una pulsera de brillantes, cuya suma le entregó Mauricio en pago de un favor que la cantatriz hubo de conceder al «tramoyista»

CAPITULO IV.

El bastidor y la bambalina

La nueva ópera «Colombo», había llevado muchos curiosos al «Gran Teatro». Notábase verdadera espectación, y el público se apiñaba en las localidades. Pero la butaca del marqués de Villena estuvo desocupada toda la noche.

Si alguien hubiera pretendido buscarle, tampoco le hubiera encontrado en el escenario detrás del bastidor primero izquierda, que los burlones había convenido en llamar de Emma, por que aquél era como punto de cita para la cantante.

Y,con efecto, tanto se hablaba ya del bastidorcito, que el pintor escenógrafo, accediendo á las instancias de algunos bromistas había escrito en el revés de la tela: «Basti-

dor de Emma». Lo cual viendo Nazaria, una corista pequeñita de cuerpo pero alta de intención, que odiaba á su compañera había rogado al traspunte que escribiera debajo del rótulo el siguiente: «Este bastidor no es más que de la empresa.»

Quince minutos antes de empezar la función, Mauricio subió á la crugía donde se hallaba la sala de señoras del coro, al objeto de hablar con Emma cuando ésta saliera.

Aguardó, pues, unos instantes y al cabo fueron saliendo las «palomas» del coro engalanadas con trajes de dalmática y calzas. Pasaron ante Mauricio todas, excepto su adorada; ya iba á asomar la cabeza por el cuarto, cuando volviéndose atrás la corista Nazaria y encarándose con el tramoyista le dijo:

—Señor Mauricio... Tengo que decirle á usted...

—¿A mí?

—Sí; á Vd. Viendole aquí en espera de Emma me figuro que no está Vd. al tanto de....

—Habla; dijo Mauricio, creyéndose en el derecho de tutear á aquella chica, en atención á tener veinte años más que ella.

—Pero... ¿no lo sabe Vd?

—No sé nada, acaba.

—El empresario, D. Modesto llamó á Em-

ma á contaduría y... no sé por qué la despidió.

—¿La despidió?.... ¿Es cierto?... ¿Y cuándo y porqué?

—Al mediodía, pero no sé qué motivos....

—¡Rayos! Alguna intriga ¿Pues no cumplía ella como la que más? ¿No tiene una voz admirable?

—Francamente, señor Mauricio: lo de la voz hasta cierto punto, sin que Vd. se ofenda; pero lo de cumplir... hay que hablar algo sobre ello.

—¿Qué dices, muchacha?

—Oiga usted.—Y Nazaria empezó á contar lo siguiente, numerando los cargos por medio de los dedos.—Ella no salía casi nunca á tiempo á la escena, porque se distraía... no sé con qué motivo; exigió anteayer á don Modesto que le aumentara el sueldo; faltó al respeto al maestro de coros....

—Eh, basta, nada de eso vale la pena. Pero en fin... vamos á la tarea, que ya ha sonado la tercera campanada.

Alegre la coristilla y preocupado el tramoyista bajaron al escenario, disponiéndose cada cual á cumplir su cometido.

Despues de inspeccionar el decorado, subió al telar el señor Mauricio.

Empezó la representación de la ópera, eje-

cutándose la magnífica overtura, que era una maravilla musical.

Alzóse el telón y apareció *Colombo*, el protagonista, estudiando una carta geográfica y consultando sus planes científicos al prior de la Rábida.

Un duo, de sin igual efecto seguía á este primer número; una vez terminado, debía caer un telón, modelo de perspectiva, el cual encubría á los personajes que habían interpretado la primera escena.

Sonó en los telares el timbre eléctrico, cuyo botón oprimía el consueta; aquella era la señal de prevención..

Repitióse el sonido de ejecución y... con grande sorpresa por parte del público y de los artistas, en vez de caer la decoración preparada, descendió rápidamente una bambalina, que pronto chocó en el tablado, quedando tendida á través de la escena.

Aquella pifia provocó las iras del público. Las gentes de galerías produjeron un estrépito horrible, formado por golpes de piés sobre las tablas, silbidos y voces, á cuyas manifestaciones se agregaron las protestas de los espectadores de butacas y palcos.

El director de escena, irritado, gritaba que era una compasión.

Y el empresario subía en aquel instante al telar, apretando los puños y sin pedir ex-

plicaciones á Mauricio, le daba de baja en su cargo, mandándole salir á la calle con imperioso y descompuesto acento. Al mismo tiempo, Nazaria, la corista pequeñita, escapaba del telar por librarse de las miradas de don Modesto.

¿Qué había ocurrido? Sepámoslo.

A poco de empezar la representación de la ópera, Nazaria enteróse de que al Marqués de Villena le habían visto ojos pecadores en la casa de pupilos donde moraba Emma, y que según contaban, ella se mostraba tan consolada de su cesantía, que reía estrepitosamente al lado del joven título; con algo más que aumentaban las viperinas lenguas que hicieron tal referencia.

Todos estos datos quiso Nazaria ponerlos en conocimiento de Mauricio con el fin de dañar á Emma, y enseguida subió al primer piso de los telares, narrando ante el tramovista cuantas versiones corrían.

Era el momento en que había de hacerse la mutación, pero el señor Mauricio, ofuscado por virtud de aquellas noticias, que encendían súbitamente la llama de sus terribles celos, mandó equivocadamente soltar las amarras de una bambalina, en vez del telón que había de cambiar la escena.

Al ser despedido Mauricio, no quiso permanecer ni un cuarto de hora en el teatro;

resignó el mando en un asistencia que simpatizaba con el empresario; entró despues en su cuarto para recoger el dinero que le restaba y que no ascendía á doscientas pesetas; dejó hecho un lío con sus ropas para demandarlo al dia siguiente y frenético se lanzó ála calle, impulsado por ansias vengadoras.

Al verle salir decía Nazaria á sus compañeras:

—Anda; á ella la echó ese bastidor, por que en él hizo todas sus chapucerías; á él lo echa... una bambalina.

Rieron mucho las coristas, celebrando la ocurrencia de Nazaria, y desde aquél instante convinieron en denominar aquel suceso la historia del «bastidor y la bambalina.»

CAPITULO V.

Á MODO DE EPÍLOGO.

Cuando alguna persona lea esto, si llega al fin, tal vez diga:

—¿Y qué?... ¿Se demuestra aquí algo? ¿Por ventura querrá hacérsenos creer que las mujeres de teatro son peores que el demonio? ¡Maldito autor!

Entonces el que ha escrito estos apuntes quisiera aparecer, á ese solo conjuro, para decir humildemente:

—Ciertamente, amado lector, no ha sido mi tendencia la que supones. La mujer que pierde al hombre, que es deshonra de su sexo y que con su depravación puede causar la indignación de las gentes, no es la mujer de teatro; raro excepticismo, locura imperdonable fuera tal locura.

Mujeres como Emma, pueden encontrarse en cualquier parte; pero yo he tenido que buscarla tras un «bastidor» y cobijada por una «bambalina». Me explicaré: varios ingenios malacitanos escribieron en un trozo

de papel el título que cada cual imaginó; echáronse á suerte estas boletas, que eran tantas como asistentes á la reunión, y á quien tocare un título, cualquiera que éste fuese, tuviese «sustancia» ó no, forzosamente quedaba comprometido á fabricar una novela de cortas dimensiones.

Yo fuí... un desgraciado: la papeleta que me correspondió decía: «El bastidor y la bambalina.»

Si he forzado la fábula, perdóname y aunque culpes á mi falta de ingenio, admite la circunstancia atenuante del pié forzado.

CAPÍTULO DE NOVELA

Las palmas se enroscaban sobre el arco y los matajos culebreaban por las columnas de la capilla, encubriendo los relieves y las ménsulas. Algunas florecillas salpicadas por entre las verdes matas rompian el color monótono de las hierbas, prestando abigarrado conjunto á aquel rústico marco que recortaba el fondo donde figuraban altar y retablo.

Cubría el ara un blanquísimo paño de hilo con encajes vaporosos, amen de candelabros nikelados que sustentaban arandelas matizadas.

Veíase en el camarín la efigie sagrada del Santo Patriarca, sosteniendo al niño Jesucristo y empuñando la florida vara de azuce-

nas, símbolo de su pureza. Todo ello alumbrado con cirios de buen calibre y preparado al estilo de las grandes solemnidades. Hasta los angelotes que, á derecha é izquierda del arco, sostenían con brazo musculoso dos pesadas arañas de metal é irizados cristales, parecían más esforzados en este día, por no haber cubillo sin su vela correspondiente, lo cual aumentaba el peso ordinario.

El sacristán, Pascual *el largo*, era hombre primorosísimo, como aprendiz de monjas santiaguistas, y en un decir amen Jesús volvía del revés la iglesia de San Justo y alfombraba el crucero, haciendo todas estas operaciones con mayor ó menor eficacia, según la cantidad que de antemano se le ofrecía.

Iba á celebrarse en el clásico templo una ceremonia religiosa con grande ostentación, y esta ceremonia—digámoslo ya—no era otra que el casamiento de Juanita y Carlos organizado de aquella expléndida manera, por el conocido Sr. Laserna, padrino que seguramente había de dejar memoria en los fastos de los padrinazgos.

Ya, ya habían llegado todos los personajes á la parroquia, sin faltar amigo ni amiga, pues hasta Ricardo de la Selva, el marido de Espíritu Santo Amaro, aquél á quien su esposa había tachado de dormilón, encon-

trábase en la casa del Señor, si bien podía comprenderse al simple golpe de vista, que no estaba allí de buena gana, por demostrar su rostro que alguna dolencia aquejaba al organismo.

Ricardo era un joven de treinta años, alto, delgado, con barba negra y mirada sombría. El *carrik* que le abrigaba era la exigencia más reciente de esa tiranuela que todos hemos convenido en llamar *última moda*.

¿Sabeis lo que sucedió cuando penetró Ricardo en la sacristía, lugar donde se hallaban todos los invitados?... Acercóse á su mujer que allí charlaba y se distinguía entre las demás por su desenvoltura.

Míróle ella con cierta fijeza y luégo le endilgó por lo bajo esta pregunta» ¿Por fin has venido? Vamos, hombre; ya pudiste desechar la ruinera.» Brilló un relámpago en las pupilas de Ricardo, quien de este único modo respondió á la soflamería; apartóse de su esposa y continuó saludando á diestra y siniestra.

Acercóse á un ángulo de la espaciosa estancia donde, próximo á una cajonera de roble, en la cual se guardaban los sagrados ornamentos, hallábase apoyado un jóven elegante, Rafael Cosana, honra y prez de los caballeros más divertidos, hombre popularísimo por su costumbre de amar sobremanera,

aunque en la forma y condiciones que saben hacerlo los señoritos, á las mujeres, al vino y á los naipes.

Apabulló, Ricardo, el clac que llevaba en una mano, acomodólo bajo el sobaco y tendiendo luego su diestra, melancólicamente saludó al chico de Cosana que al fijarse en su amigo no tuvo reparo en decirle:

—¡Hombre, parece que estás muriéndote!

—Si, en efecto; respondió suavemente Ricardo.—Hé pasado una noche tristísima. Apenas hé dormido.

—Ya, ya; alegó Cosana, como dando á entender que comprendía la intensidad del mal que aquejaba á su amigo. Y luego añadió: Quien no duerme no vive; es una frase elocuente, que yo y otros como yo podemos comprender en toda su rigurosa significación. Pues qué, ¿tú crees que no me siento desvanecer hoy?.. ¡Levantarme á las seis y media, habiéndome acostado á las dos y cuarto de la madrugada!... Verdad que yo estoy más fuerte que tú. Y eso que mi vida ha sido, es y será mucho más agitada que la tuya, pues lo que es tú casi casi puedes llamarte virtuoso, aunque no sea más que de segundo apellido; en cambio yo... y nó solo yo, sino *ese*, debiéramos tener por nombre, apellidos y apodos la mayor parte de los pecados

capitales que tan donosamante enumera el padre Ripalda.

Cuando Rafael aludió á otra persona, de las concurrentes á la sacristía, incluyendola también en el padrón de escandalizadores, donde él se hacía figurar el primero, extendió la vista Ricardo por los ángulos de la estancia, como para descubrir á la persona que señalaba Cosana, pero advirtiéndolo éste quiso aclarar y aclaró su alusion, diciendo: «Ese, Carlitos, el novio. ¡Pobrecita muchacha, infeliz Juanita; no sabes lo que te pescas! Mírale allí, mírale hablando tan formal con el rector de la parroquia; ese condenado es capaz de hacerse pasar por un santo aun á los ojos del mejor entendedor. ¡Mira que es perito en materias de engaño! Yo soy alegre, nada se me dá de nada, pero afronto siempre la responsabilidad de mis actos; él es un hipócrita tan consumado, que inventa un embuste en el filo de una espada y lo forja tan á maravilla que cualquiera cae en el maldito lazo. ¿Tú lo ves con ese aire de santidad? Pues ayer visitó á su querida con la mayor *sans façón* del mundo, despidiéndose de ella hasta la vuelta del viaje de novios.

Aquella relación trajo á la mente de Ricardo un contraste entre las bondades que él prodigaba á Espíritu y los sinsabores que, indudablemente, había de proporcionar

á Juana su marido.«Un hombre como Cárlos, pensó,debía adjudicar la suerte á las mujeres irascibles y descontentadizas.»

El señor rector, que efectivamente había estado de conferencia secreta con Cárlos Lizarde, apartóse de éste, llegó ante la cajonera tallada, no sin llamar antes á Pascual *el largo*, sacristán que muy bien pudiera haber trocado la sotana por la guerrera del gastador.

Abrió Pascual, de un tirón, la gaveta, que al poner de relieve el interior regaló sus perfumes de cedro. Sacó el bueno del sacristán una capa pluvial de fondo blanco y bordado de oro, la cual se ciñó el párroco aparentando una unción de santo.

Entró, á poco, en la sacristía un monaguillo chiquitín, que no cesaba de mirar á las caras de los hombres para ver si en sus rasgos podía leer la palabra *padrino*. El muchacho se acercó á Pascual y le manifestó que ya estaba encendido *todo*.

—Vamos; dijo el rector.—Y empezaron á desfilar los amigos y los padres y los novios y los padrinos, yendo detrás, con las manos unidas en señal de oración, el buen señor cura.

Pascual dió al rector un librote, forrado de negra badana, llena de registros multicolores, en el cual leyó el sacerdote la epístola

celebérrima que empieza con las frases consabidas de «mirad, hermanos...»

¡Pobrecilla Juana! Temblaba como las hojas de los rosales cuando las conmueve con su debil fuerza el aura que roba á la flor sus olores.

Carlos no; Carlos no temblaba: espíritu fuerte encerrado en aquella complexión raquítica, tenía valor para dominar todas las situaciones, sabiendo revelar siempre lo que quería, fuese ó no contrario á lo que pensaba.

Un detalle: en el ábside de la capilla interceptaban la luz unas cristaleras de colores que adulteraban los rayos del sol, tiñéndolos con los tonos del iris. Bajaban las ráfagas diagonales en cuyo seno bailaban los átomos el wals de la luz y la alegría, posándose sobre los novios, hasta bañarlos por entero y trocar las blancas tocas de la desposada en un velo lleno de azul cobalto, vermellón-China y amarillo-Nápoles.

Cuando los desposados se dieron las manos, siguiendo la indicación del oficiante, un color más se agregó á la paleta viviente que representaba Juana: fué este color, el carmín que brota de las mejillas de la virgen, tono cuya pureza tiene solo rival en las rosas bermejas y en las amapolas silvestres.

Terminó la ceremonia: empezaron entonces los plácemes, los abrazos, los lloriqueos y los desahogos de Espíritu Santo. «Anda,— decía esta á una amiga que se hallaba á su lado—ya le ha pasado lo que á las moscas con el pastel de la fábula, presa de patas. Dios la haga feliz, Dios la haga.»

Agolpóse la concurrencia en derredor de los esposos, disputándose el honor de saludarlos en el acto. Fueron evacuando el templo poquito á poco, no sin que el bueno don Fermín Laserna se viera abatido por los pedigüeños acólitos, que no querían soltar la levita del ex-comandante bonachón.

Tambien Pascual *el largo* se acercó al padrino, en demanda de alguna moneda, cuya petición hizo indirectamente, cual correspondía á un hombre de su prosapia, relativamente elevada sobre la de monagos y seises...

Y, nada, no pararon hasta que Laserna sudó la mosca, que no era poco sudar en el mes de Diciembre.

Salieron todos, por fin; y cuando quedaron apagadas las luces del templo, éste permaneció envuelto en la penumbra, sobre la cual resaltaba más que antes el rayo solar bañando la capilla del Patriarca bendito.

Seguían los átomos bailando entre ráfagas azules y carminosas, y las flores que perfumaban el arco de hierbas comenzaban á marchitarse, cual si las llenaran de envidia los colores vaporosos de aquel remedo del iris...

EL CURITA NUEVO

(Premiada por la Sociedad de Juegos florales de Pontevedra.)

I

¿No conocen Vds. á *Albito*?

¿No han oido mencionarlo?

Pues *Albito* es un pueblo de España tan bello como el que más, y tan saludable como ninguno.

Se halla situado en una altura, y parece un brillante montado al aire. Solo tiene una desventaja, la de ser pequeño.

Por lo demás, *Albito* cuenta con bastantes vecinos, y á sus fiestas concurre mucho forasterío, y tiene unas casas consistoriales preciosas, y es, en fin, una *tacita de plata*.

Corre murmurador, cerca del pueblo, el rio *Piratón*, célebre en toda la comarca por sus grandes avenidas.

Por alguno de los extremos del pueblo existen vestigios del amurallado que en tiempo de los romanos circunvaló á esta villa, y hacia la parte Sur extiéndese un hermoso bosque llamado de los *Ruiseñores*, por los muchos que concurren á aquella espesa arboleda.

Albito tiene la figura de una sartén, pues desde lo que podemos llamar entrada del pueblo comienza un barrio estrecho y largo, y al final de éste se vé la parte de ciudad bastante grande y que figura lo que podemos llamar *cazoleta*, mientras el largo barrio semeja el *rabo* del susodicho artefacto de cocina.

En el extremo superior del monte, á cuyos piés se halla indolentemente reclinado *Albito*, descuella una fortificación que huele á árabe desde cien leguas; pues por todo lo alto de las viejas murallas se asoma un torreón cuadrado con un ajimez, abierto en su parte alta, y la puerta principal del fuerte, que se encuentra apenas traspasado un reducido compás, ostenta la forma de herradura que caracteriza todas las entradas de estilo árabe puro.

Aquí y allí quedan todavía trozos de azu-

lejos desconchados, y en este ó el otro sitio se vé un pedazo de enlucido, mientras en la mayor parte de las estancias faltan muros y artesonados.

Aquel monumento, pues, no tiene gran mérito, salvo los miles y miles de notables tradiciones que representa; porque de aquel castillo se cuentan en *Albito* tantas cosas, que con ellas no más pudiéramos ofrecer un libro voluminoso.

Albito tenía sus pretensiones de ciudad; pero bien dicen, que «aunque la mona se vista de seda se queda mona,» porque en nuestro pueblo no podia heber más que alcaldes *ganzos* y férias donde el principal número del programa lo contituia una corrida de embolados, en medio de la plaza, sobre cuyo pavimento quedaba, casi todos los años, un perote reventado por el cabezazo del cornúpeto.

Y allí había su hermandad de *arriba* y de *abajo,* siendo tan sistemática la oposición de los unos contra los otros, que por si está sereno ó nublado se armaban de cuestión... ¡y séria!

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

II

Vivia en *Albito* una jóven nombrada Araceli, la cual había tomado estado, hacía pocos meses, con D. Juanito de la Tendilla, mozo de ilustres antecesores, bien querido en todo el pueblo, y sus cercanías.

La suegra de Juanito, madre de Araceli, era una señora flaca, bajita, con la nariz aguileña, demasiado aguileña; cabellos... blancos y negros, pues en aquellos sitios donde el tinte no había caido, se notaban unos mechones canosos que desdecían junto á las partes de la cabeza ennegrecidas por la química.

Y la buena señora contaría cerca de sesenta años, pero aún terciaba en las conversaciones de las muchachas y cuando de edades se hablaba sabía apartar de tan escabrosas sendas la conversación, apareciendo contrariada visiblemente.

Se decía de D.ª Luisa una porción de cosas referentes á su juventud: ella había cautivado innumerables corazones, siendo el coquetismo el más constente móvil de su voluntad. Pero entre tantos hechos habia uno...

Referíase en el pueblo de la siguiente manera: D.ª Luisa sostuvo relaciones, en sus diez y ocho mayos (que siempre no han de ser abriles) con el joven *albitense* Pepito Soulier, hijo de un rico comerciante que por los azares de la suerte había venido á menos, decidiendo establecerse en *Albito* que, según la Guía de España, era el pueblo más sano de nuestra Península.

Allí, pues, se avecindó, y empleó el resto de su caudal en una preciosa finca rústica donde vivía apartado del bullicio de la sociedad, pues al pueblo acudía de tarde en tarde.

Cuando Pepito creció, fué preciso enviarle á la Universidad, distante como veinte leguas de aquel pueblecito; y, con efecto, una mañana veíase ante la puerta de la casa donde el Sr. Soulier con su esposa y su hijo moraba, un caballo y un mulo enjaezados como para viaje. Poco lugar se dió á la impaciencia del alazán que hacía sonar repetidamente sus fuertes cascos sobre el empedrado que delante de la puerta existía, pues á poco apareció un grupo en el dintel, y era este compuesto por el Sr. Soulier y su esposa D.ª Marta, que habían de despedir á su hijo Pepe, quien acompañado del capataz debía partir con dirección á la capital de aque-

lla provincia, para cursar el primer año de la carrera de Derecho.

Esta no era la primera separación; cinco años consecutivos había tenido Pepito necesidad de marchar á seguir los estudios del bachillerato.

La señora Soulier lloraba á lágrima suelta, como si á su hijo le hubiera ocurrido una desgracia y el papá reñía por las exageradas ternezas de su cónyuge.

—Tú—le decía—preferirías, sin duda, que nuestro hijo viviera eternamente cosido á tus faldas.

—Déjame; fué lo único que la madre contestó entre llorosa y enfadada.

Pero á pesar de que el padre de Pepito aparecía tan entero, volvió disimuladamente el cuerpo, mientras hijo y madre se acariciaban por última vez, y limpiaba de sus párpados una lágrima furtiva.

—Ea, padre, queda con Dios y hasta mi vuelta. Bartolo, monta... y al camino.

El capataz subiose al mulo. Pepito montó su potro, el cual al recibir la carga de su amo empezó á retozar y á mover la cabeza de arriba á abajo, lanzando al mismo tiempo algunos resoplidos.

—Hijo mío,—dijo D.ª Marta;—si el sol aprieta que no te olvides de abrir la sombrilla.

—¿Dónde está?—preguntó Pepe.

—Conmigo,—añadió Bartolo.

—Pues en marcha.

—Adios.

—Adios, mamá; padre, adios.

Y al fin de estas palabras, ambas caballerías arrancaron á buen paso, creciendo la congoja de doña Marta y del buen Sr. Soulier, quien tenia como suele decirse la procesión por dentro.

Al dia siguiente, aquellos buenos señores no *vivían*; les faltaba algo principal para su sostenimiento.

D.ª Marta paseaba por las estrechas veredas de la huerta sin parar su atención en las plantaciones que tanto le cautivaban otras ces.

La soledad de aquellos parajes convenía mejor con la tristeza de su alma.

El perro de Terranova, *Goliat*, inseparable compañero de Pepito, caminaba con el rabo entre piernas y las orejas gachas detrás de su ama. De tiempo en tiempo lanzaba un sordo gemido. La D.ª Marta, suspiraba. Hasta el ruido monótono de la noria al subir y bajar los repletos cangilones, parecía acompañar en su duelo á la buena madre y al leal compañero de Pepito.

III

Pocos meses después se preparaban grandes festejos en la capital de la provincia á que pertenecía el pueblo de *Albito*.

El programa, constituido por números selectos, había atraido multitud de forasteros, y todas las fondas, casas de huéspedes y posadas veíanse completamente llenas de personas extrañas.

Las calles, igualmente, se hallaban en extremo animadas, no faltando muchos *albitenses* que frecuentemente formaban espesa muralla ante los escaparates de los establecimientos mejor montados, juzgándolo todo maravilloso y haciendo comparaciones entre la hermosa capital y el pueblo de donde procedían.

La fonda del *Aguila* era la más concurrida; la excelente fama de este establecimiento atraía muchos forasteros, y en el interior de aquella casa nadie se entendía.

El dueño de la fonda hubiera querido tener doscientas habitaciones más para hacer un buen negocio. Cada vez que llegaba un nuevo forastero y no podía ser admitido,

le daba un vuelco al corazón de doña Gertrudis, señora del propietario de la fonda, ambiciosa é irascible como ella sola, acompañada constantemente por su perrito de aguas á quien sacudía de lo lindo cuando estaba de mal humor.

D.ª Luisa, la señora que ya he tenido el gusto de presentar á Vds., era por la época de estos grandes festejos una señorita bastante conocida en la capital, donde frecuentemente la llevaban sus padres, quienes desde luego convenían en que no había de hallar digno partido su hija en el pueblo de *Albito*, tan desprovisto de novios como de otras cosas.

Luisa, sin ser gruesa por aquél entonces, no estaba flaca, y la nariz que en su vejez parecía haber dado un estirón, presentábase antes graciosamente formada, y sus ojos eran rasgados y sombreábanlos exuberantes pestañas, y su boca tenía un juego especial y sus mejillas parecían la mismísima amapola, y su cuello hacía dos apetitosas *roscas*, y toda ella, en fin, era preciosa, según las noticias que han llegado hasta mí.

En la fonda del *Aguila* se hospedaba Pepito, y en ella se aposentaron también Luisa y sus padres, que iban á presenciar los grandes festejos.

El día en que esta familia llegó á la casa

no comió en mesa redonda; pero en el siguiente, sí.

Un repiqueteo de campana, con tres golpes separados al final, convocó á los comensales.

La mesa estaba perfectamente dispuesta, y en ella alternaban los deliciosos entremeses, compuestos de mortadela, salchichon, pepinillos, salmon en conserva, aceitunas sevillanas y otros, con los caprichosos ramos de flores colocados en la campana de cristal que se abría en la parte superior de los preciosos centros de mesa, en cuyos diferentes cuerpos lucían diminutas galletas, bombones y napolitanas.

Las botellas de Jerez, Burdeos y Valdepeñas estaban colocadas en grupos vistosos, y las servilletas, formando un tulipan veíanse saliendo de las copas de cristal y ayudaban á armonizar el conjunto.

Los más impacientes habían tomado asiento ya, cuando entraron en el comedor Luisa, ataviada de un modo encantador, y sus buenos padres, que tomaron asiento á la derecha de la *niña*. Pero á la izquierda de ésta quedaba una silla vacía, y ya pensaba en ocuparla un pollo que en el otro extremo de la mesa estaba, cuando apareció Pepito Soulier en el salón, y sin fijarse en el atractivo de aquel sitio vacante, fué á ocuparlo.

—¿Cómo?—dijo nuestro joven al fijarse en Luisa.—¿V. por aquí, señorita? ¡Señora!—añadió dirigiéndose á la madre de Luisa.—¡D. Luis!—continuó, haciendo un gracioso saludo al padre de la señorita.

—No sabíamos que estuviese V. por acá; —dijo D.ª Filomena (que así se llamaba la madre de Luisita). ¿Y mamá y papá, se hallan con V.?

—No, señora. Yo estoy aquí siguiendo mis estudios, y ellos por nada quieren dejar su casita de campo.

—Es verdad,—añadió Luisa,—pues ni á *Albito* concurrieron en la última fiesta de San José.

—Yo sí tuve el gusto de asistir.

—Ya le ví á V. en la reunión del *Círculo de la Lealtad*.

—¿Sí? Pues mire V., fué casualidad, porque allí no hice más que una entrada por salida.

—Iría V. buscando... algo que no encontraría.

—No. Encontré lo que buscaba, pero... pero...

—Ese *pero* me parece difícil de mondar, según se para V. en él.

—Pero la persona que yo buscaba se hallaba muy distraida.

A estas palabras, el rubor coloreó las mejillas de Luisa.

De este diálogo no se apercibían los comensales, porque eran muchos y cada uno charlaba por un lado, mientras los camareros armaban un descomunal ruido de platos y daban carreras de acá para allá con objeto de servirlos bien á todos.

D.ª Filomena hizo una indicación con el pié á Luisita; el leve puntapié quería decirle que no se particularizara, que no estaba bien, y una porción de cosas más. Ella asintió por el pronto; pero iniciada de nuevo la conversación por Pepito, volvió á terciar con decisión.

—Decía que había encontrado en el Círculo muy distraida á la persona que buscaba, pero no añadí que tuve que marcharme de allí contrariado.

—Pues sin enterarse bien de si había ó no motivo para enfado tal, debió V. suspender el disgusto.

—¡Ah! ¡Luego engañaban las apariencias!...

—Sí; respondió con seriedad Luisa.

—Pero ¿V. conoce á la persona de quien yo hablo?

Otra oleada de sangre subió al rostro de Luisa, que por el pronto y para disimular

se limpió la boca con la servilleta, de una manera perfectamente estudiada.

La mamá repitió la indicación, pero más apremiante, más espresiva. Luisa sintió coraje.

Y Pepito comprendiendo la contrariedad de D.ª Filomena se dedicó á apurar la sopa de hierbas que medio llenaba su plato.

Al fin de la comida se habló en general, y Luisa dijo incidentalmente, que esperaba distraerse mucho aquella noche en el teatro.

La intención de nuestra señorita se comprendía.

El comedor fué quedando solitario.

Pepe llegó á su cuarto, pensativo, y se vistió elegantemente. De su grande y bien surtida maleta, extrajo unos gemelos, ocultos en la funda de *chagrín*, y salió de la fonda del *Aguila* soñando con la velada teatral.

IV

Un mes después, Pepito y Luisa estaban en relaciones amorosas. Las familias de ambos se hallaban satisfechas, y Pepe tenía grandísimos deseos de ser abogado, porque ado-

raba con toda su alma á Luisa y no tenía otras aspiraciones que hacerla su esposa para gozar unido á ella de las delicias del hogar.

Nuestro joven, pues, estudiaba con ánimo decidido, contra la creencia de los amigos de su papá que decían á este:

—Lástima que Pepito se enamore, pues los jóvenes ya se sabe que todo lo posponen á la novia.

Para formar exacta idea de que Luisa era el alma del alma de Pepe, y para comprender hasta qué punto ella le mentía amor, os llevaré de la mano á casa de Luisa, donde ésta y su amante conversan.

En una estancia de no escasas dimensiones, amueblada al gusto de las capitales, pero sin ostentación, se hallaban nuestros personajes, acompañados de D.ª Filomena, y varias amigas de Luisa que departían separadas de la pareja amorosa.

La conversación de ésta no podía ser escuchada; tal era de sigilosa.

Pero nosotros tenemos facultades para no perder ni una palabra, aunque se nos llame *tísicos* por tener tan desarrollado el sentido de la audición.

Habla Pepe:

—Cuando no estoy contigo, no sé lo que me pasa. Todo me es indiferente. Voy por la calle sin ver á las gentes, tanto que muchos

me llaman orgulloso, creyendo que les hago menosprecio. Esta mañana estudiaba en la *Instituta de Justiniano*, un libro muy grande y muy curioso, pero que yo no lo entiendo bién....porque no hago más que pensar en tí. He dicho que leía en ese texto; pues de pronto te presentaste á mi imaginación, con una riqueza de detalles, de un modo tan completo, que cerré los ojos y lo menos quedó mi cabeza entre las manos media hora, contemplándote mi mente con la dicha más inefable. Eras tú, Luisa de mi alma, con tu bata de cuadros negros y rojos y tu pañolito de lanillas llegando hasta el talle. Eras tú, tú, tal y como eres ahora. Cerré con más fuerza los párpados, apreté con violencia mi frente y... ¡no sé como fué, pero salió de mi pecho un suspiro tan grande, que me hizo volver en mí y reanudar el estudio, porque tenía la seguridad de que había de atraer á alguien aquella aguda expansión y no tenía necesidad de que me viesen en el aparente sueño. ¡Cuántas veces, en mis soledades hablo de tí como si hubiera alguien conmigo! «¡Es tan buena, tan hermosa! ¡Dios mío, cuanto la quiero!» Esto lo repito y ¿crees tú que nadie me oye?

—¿Quién?—preguntó ansiosa Luisa.

—Pues, mi corazón y mi alma, y yo mismo; porque yo gozo hablándome de tí.

—Yo también—dijo Luisa—pienso en tí mucho y comprendo que si tú me quieres tanto como dices, tanto como yo te quiero, podremos ser muy dichosos. Pero no sé por qué pienso que tus planes respecto á mí no han de cumplirse. Veo obscuro el horizonte del porvenir.

—Abre los ojos del alma, Luisa mía. Cuando dos amantes se quieren con locura, cuando todos los medios van encaminados al fin ¿temes que no pueda realizarse nuestra ilusión? Sólo un accidente no promovido por nosotros puede matar nuestras esperanzas. Y, en fin, voy á hacerte una pregunta. ¿Me quieres tú?

—Mucho, contestó Luisa.

—Entonces, añadió Pepe, si tú me quieres y yo te adoro, si para mí no hay más vida que la tuya, si yo no pienso más que en tí, desecha temores, deséchalos, por Dios, Luisa de mi vida, y confía en mí que te idolatro, que no pienso más sino en hacerte dichosa, si es que tu dicha consiste en ser mía.

Pepe miró fijamente á Luisa, pues le interesaba comprender si ésta asentía ó no á la última manifestación.

Una sonrisa encantadora vagó por los labios de la novia.

Pepe se retorció disimuladamente las manos lleno de la más visible alegría.

Mas... apesar de esta escena, no hemos de ocultarlo; Luisa padecía una terrible enfermedad. Era coqueta, y pronto se hartó de Pepe, aun sabiendo cuantísimo la quería aquel desventurado, las locuras que por ella hubiera hecho, los males que hubiera soportado, y las pruebas, en fin, que en lo sucesivo hubiérale dado de aquel cariño sin límites, de aquella adoración, de aquel amor tan sublime.

Pero entre amantes, con que uno quiera y otro no ya se sabe el fin; el que desea cortar aquella tiernísima amistad no comparable á otras, el que anhela poner fin á un dulce compromiso que debiera concluir sólo por la creación de otro compromiso nuevo, más encantador aún, pone innumerables medios, estudia, hace uso, si se le presenta difícil la ruptura de todas las violencias imaginables y al cabo logra su objeto, sin que haya ley que le castigue por haber herido profundamente un alma.

¡Oigo aplausos! Los que por este mal han pasado, se identifican con mis últimas dramáticas expresiones.

V

¿Qué hízo Pepe? De ese mode se lamentó, no comprendió cómo era posible que su Luisa de su alma, sin más excusa por otro le dejára, pagando así tan villanamente su cariño.

Ya no estudiaba nuestro amigo con el afan de otras veces, ya todo le hastiaba; lo que antes hacíale sonrier le llevaba solo á una exagerada gravedad: no dormía, ó dormia poco, alimentábase de un modo insoportable. Pero no, que estudiaba las flaquezas del corazón de la coqueta, soñaba con los venturosos tiempos, manteníase con sus dolores; y sonreía, sí, sonreía cuando con la imaginación veía la hermosura de Luisa.

De ese modo, su naturaleza iba predisponiéndose á la enfermedad y esta se aproximaba.

Sus ojos hallábanse sombreados por una gran tristeza, su rostro aparecía cubierto por una palidez mate que se extendia hasta sus labios, y dos ojeras marcadísimas arrancando desde el lagrimal de los ojos llegaban arqueadas ligeramente á las mejillas.

Pepe se hallaba en una edad peligrosa, amaba sin esperarza alguna y esto no solo mataba su alma, sino su cuerpo.

Un dia, paseaba por las solitarias alamedas de robles que en su quinta vegetaban, cuando sintió crugir la hojarasca detrás de sí. Era que su padre venía á encontrarle; habíale seguido cautelosamente, pero ya no se había podido contener, y determinó aproximarse á su hijo por ver si le desvanecia aquella tristeza que en él notaba.

—¡Ah, padre!

—¿Te molesta mi presencia, hijo mío?

—Nunca;—respondió Pepe.

Y como observara en su padre cierta resolución, añadió.

—Dime.

—Pues sencillamente, hijo mío, que tu pobre madre se muere, á causa de la nostalgia que te consume. Ya no sonries, ya no estás alegre, ya tu afición á la caza terminó; allá en tu cuarto se enmohece la escopeta y los perros duermen hastiados. ¿Comida? ¡Bah! Ni probarla. ¿Distracciones? ¡Cah! Ni desearlas. Esto no es vivir; esto es andar muriendo. ¡Qué día de pena para tus padres! En cambio¡qué fecha más dichosa,la de hoy, para nuestros vecinos los de la quinta del *Lobo*!

D. Felipe hizo una breve pausa; después continuó:

—¿Recordarás á Plácido, el hijo de esos vecinos? Pues hoy ha rezado su primera misa en la parroquia de *Albito*. Bartolo, nuestro capataz, ha presenciado la ceremonia y nos la ha referido lleno de entusiasmo. Al fin de la misa, el regocijo de los padres del nuevo sacerdote rayó en lo inverosimil; hubo abrazos, plácemes, bendiciones, y no parecía sino que las naves del templo eran estrechas para contener tanta ventura.

Siguió el Sr. Soulier trasladando á Pepito las descripciones de Bartolo, y acabó por encender en la mente de su hijo una idea: la de abrazar el estado religioso, haciéndose sacerdote.

—Pues ese día de regocijo que Plácido á su familia ofrece,—dijo Pepe,—yo también quiero darlo. Me decido, padre mío, á seguir la carrera eclesiástica.

—¿Qué? ¿Por creerme deseoso de tener un sacerdote en la familia, contrariarías tus inclinaciones?

—Nada de eso, padre; yo solo soy capaz de manifestar lo que siento.

—Ven, pues, hijo querido. Manifestemos á tu madre esa última resolución tuya, la cual debes madurar por medio de la reflexión y los consejos de tus mayores.

—Vamos; dijo Pepe. Y en cuanto á pensarlo, no hay para qué. Decidido estoy, padre mío, á apartarme del mundo. Mi alma necesita desahogo; mi espíritu busca otros espacios más puros en que solazarse; ¿dónde hallarlos mejor que en las sagradas prácticas de la Iglesia cristiana?

—Sigue, sigue creyéndolo, hijo mío. En este mundo todo es farsa, la dicha es un imposible. Y, sin embargo, yo disfruto de las caricias de una tierna compañera, de tu anciana madre que ha sabido trocar mis desdichas en felicidad, que ha endulzado mis más amargos momentos.

—¡Oh! El cariño de una buena esposa no debe ser comparable á nada. ¿Cierto, padre mío?

—¡Si lo supieras!.. Mas D. Felipe recordó en aquel instante la causa de la tristeza de su hijo, y comprendiendo que al hablarle de la mujer amada destrozaba el alma de Pepe, añadió:

—Pero es arriesgadísima la elección de esposa, pues en el mundo, como antes te dije, todo es engañoso, todo.

El Sr. Soulier no habló más frases; vió una lágrima en los párpados de Pepe y enmudeció, deteniéndose un momento para que su hijo pasase delante, y él le siguió abismado en múltiples reflexiones. Poco después, el

pensamiento de Pepe se fijaba en una casa de *Albito*, donde moraba la coqueta Luisa. Si en aquel instante hubiera podido fijar su vista, no su imaginación, en aquella mujer, la hubiera visto asomada á la reja entablando amoroso coloquio con su nuevo prometido.

VI

Antes de partir Pepe á estudiar la carrera eclesiástica, nuevamente elegida por él, trató de conocer si Luisa aun podría quererle.

Sin recurrir á medios indignos, logró que su antigua novia conociera el estado de su alma; pero la prueba fué dolorosa para nuestro joven y, desesperado, aceleró su viaje.

Tres años después Pepe recibía las órdenes respectivas, preparándose á cantar su primera misa en la parroquia de San Andrés, antigua parroquia del pueblo de *Albito*.

Acababa de cumplir Pepe, ó D. José Soulier Barredo, veinte y tres años, pudiendo celebrar misa por virtud de dispensa que le otorgaba el Papa.

¿Durante sus estudios, mientras vivió en-

tregado á la oración á fin de prepararse mejor para entrar dignamente en el estado religioso, olvidó á Luisa?

El lo creía así, pero nosotros afirmamos que nó. Pepe quería desechar el recuerdo de Luisa, y hubo momentos en que se tuvo por desimpresionado.

Pero algunas veces soñaba con ella, y al despertar no podía alejar de su mente el retrato de la adorada de su alma.

Un día se congregaban los colegiales del seminario de B..., donde seguía sus estudios Pepe, ante el sagrario de la capilla que dentro del mismo colegio existía.

Los alumnos iban á tomar el pan eucarístico, y en todos se notaba el mismo recojimiento.

El vistoso altar había sido engalanado mejor que nunca en aquel día.

En el pequeño camarín lucía una preciosa virgen, obra de arte de grande mérito, según los inteligentes.

Pepe alzó los ojos á la imagen, como para dirigirse á ella en su oración; y, entonces, por un efecto natural del estado de su alma, que aun sin él darse cuenta pertenecía á la ingrata Luisa, á quien verdaderamente no había olvidado en tanto tiempo, creyó ver en el rostro de la preciosa efigie el de aquella mujer que tan cruelmente le olvidó; y ante

la extraña coincidencia no se le ocurrió pensar que sus ojos eran el espejo de su alma y que por eso la imagen que en su alma estaba impresa se reflejaba en las retinas de sus ojos, sino que se creyó tentado del demonio, y considerando un sacrilegio su asistencia al banquete celestial, comenzó á repetir con mayor fervor que nunca, con entera convicción las palabras *Dómine non sum dignum*, negándose despues á recibir la comunión hasta tanto que se depurara su espíritu.

Dijimos que Pepe se preparaba á cantar su primera misa en la parroquia de *Albito*, y ahora podemos añadir que así aconteció.

En un dia hermoso del mes de Junio, la iglesia de San Andrés veíase llena de banderas y gallardetes, y los repiques se sucedían.

La elevada torre ostentaba pequeños banderines profusamente repartidos entre los balcones existentes en los tres cuerpos del campanario, y en la noche anterior á este dia lució una vistosa luminaria.

En el interior del templo, la muchedumbre se apiñaba admirando el altar mayor que parecía un *ascua de oro*.

Los *albitenses* eran curiosos como ellos solos, y por tanto, ¡cómo habían de faltar á esta ceremonia!

Además, en el pueblo se carecía de distracciones; así pues se aprovechaban bien las que había.

Por fin apareció el nuevo sacerdote, revestido con unos magníficos ornamentos comprados por D. Felipe Soulier.

Los fieles no pudieron contenerse: unos se levantaron de los bancos para ver mejor al presbítero, mientras la persona que estaba detrás se quejaba de que le tapaba la vista el inquieto espectador. Las señoritas del pueblo, las *aristócratas*, hacían cuanto les era posible por examinar, sin aparente interés, al sacerdote, y las beatas se contentaban con decir, aunque no le veían bien: »¡qué hermosísimo está!»

Pero... ¿era aquél Pepito? ¿Era el joven rozagante, lleno de salud que conocimos antes de entablar relaciones con Luisa?

Puede decirse que no le habían quedado más que los grandes negros ojos, y éstos desdecían junto á la cara en extremo demacrada.

Además, la palidez que se extendía por las mejillas del misacantano, dábale un aspecto doloroso.

Pepito estaba enfermo. Esto, no solo le constaba á él, sino á su triste familia.

Con grande recogimiento, con devoción verdaderamente encantadora llevó á cabo

el sacrificio de la misa, sin turbar su espíritu sombra alguna de duda.

Mas al llegar al fin de la ceremonia, Pepito dió una suave media vuelta para encontrarse frente á frente al auditorio y bendecirle como es de ritual, y entonces... ¿qué vieron sus ojos que hasta entonces no habían visto? ¿Qué sucedió en el alma, en la sangre de nuestro amigo, cuando en vez de trazar en el aire la bendición, quedó sin movimiento, como si en aquel instante le hubiera faltado la vida, como la mujer de Lot cuando al volver la cara hacia su pueblo incendiado quedó convertida en estátua de sal?

Próxima al presbiterio, mal cubierto el rostro por el manto, se hallaba Luisa, la ingrata, la fementida, la terrible mujer, presenciando aquel augusto acontecimiento.

Pepe la vió, y en aquel momento un mundo de ideas y de recuerdos y de cariño se presentó á su mente y á su corazón; distrájose visiblemente, palideció más; y á no haberle advertido un padrino que debía bendecir al concurso, proseguido hubiera en su actitud, en su paralización, en su mutismo.

Aquel accidente pasó, sin dejarse traslucir la causa para los demás, pero para Luisa no; el corazon de esta mujer latió entonces á impulsos de su amor propio satisfecho, pero... nada más.

Llegó el momento en que el sacerdote había de extender las manos para que en sus palmas depositaran los fieles su primer beso, y atropelladamente fueron subiendo los presentes la escalinata hasta imprimir el ósculo en aquellas manos consagradas.

Por la mente de Luisa pasó una idea atrevidísima, tirana: ir á besar tambien al sacerdote.

Movióse de su sitio, pero la detuvo su conciencia; vaciló de nuevo, adelantó dos pasos, retrocedió, pero triunfó al cabo su voluntad, y con paso firme se dirigió al moderno presbítero.

Pepe la vió acercarse, nublóse su vista, tembló, rodearon sus ojos una extraña ráfaga, y cuando sintió en su mano los labios de aquel ángel terrible, contrájose su boca en una indescriptible sonrisa, bamboleóse su cuerpo y lanzando un gemido de dicha, de dolor, de ambas cosas unidas en terrible consorcio, cayó lanzando el último suspiro y queriendo pronunciar un nombre.

El joven presbítero D. José Soulier Barredo, había tenido la desgracia de que se le rompiera una aneurisma.

LOS GUSTOS

Un amigo excéntrico cuyas aficiones me encocoran y aburren, para demostrarme el fundamento de sus raras inclinaciones, decíame no há mucho, repitiendo una frase conocida:

—De gustos no hay nada escrito. ¿A que no ha escrito usted nada sobre los gustos?

Metióme la preguntilla en ganas, y dije resueltamente:

—Escribiré.—Y, con efecto, pluma en ristre dispóngome á *decir* algo, aunque poco, acerca de esa facultad del individuo, mediante la cual, una cosa que á tí te parece detestable, á mí me agrada más ó menos.

Anacario, un joven de reciennacido mos-

tacho, se ha prendado de Manuela, una chica de ojos pequeñines y algo escondidos, como si temieran á la luz.

Pues bien; el bueno de Anacario dice que no le gustan los ojos grandes, que le espantan y que *no le hacen* bien.

Una muchacha de diez y seis mayos, que tiene cada ojo como un plato, según el dicho vulgarísimo de una doméstica, sale á la defensa de los ojos grandes, ridiculizando ingeniosamente la manifestación de Anacario, quien al verse derrotado, no sabe sinó exclamar:

—«De gustos no hay nada escrito».

En efecto: es tan difícil hallar dos personas que gusten de lo mismo, dos caracteres que se precien de las mismas formas, dos elegantes señoritas que se prenden de una misma tela, dos jamonas célibes que gusten de su estado, dos gastrónomos que *gusten* (en la acepción material) el mismo pavo, es todo esto tan difícil que desde luego se demuestra la condición natural y descontentadiza de la criatura.

Puede asegurarse que «hay gustos que merecen palos» y que algunas personas llevan á extremo tal su inclinación que no les importa «por un gustazo un trancazo».

Pero si el adagio dice que merecen palos algunos gustos, contradícelo el consabido

refrán que declara no haber escrito nada acerca de aquellos, adagio que parece mera disculpa para el que pone sus ojos en cosa no apreciable.

Y vale tanto para cualquiera la satisfacción del gusto que no lo perdona ni aún á trueque de que le sea perdonado á su vez el trancazo consabido.

Sea como sea, ya no podrán decir, cerca de mí, que no hay nada escrito acerca de los gustos pues yo—aunque indigno pecador—he escrito algo, (con perdón sea dicho) aunque ni haya hecho descubrimiento alguno, ni aducido argumentos, ni realizado otro propósito, á decir verdad, que el de emborronar cuatro y pico de cuartillas.

POLVO ERES...

El miércoles de ceniza inaugura la temporada donde los ayunos, las oraciones y los silicios se suceden, entre los católicos, con extraordinaria frecuencia.

El día de la ceniza, esa fecha donde se nos recuerda por la voz del sacerdote cuál es nuestro origen y cuál nuestro fin, proporciona hermosa ocasión al pensador para realizar elucubraciones.

«Polvo eres y en polvo te has de convertir.»

Tales son las sagradas palabras, llenas de una verdad que, al par que nos convence, hiela nuestro corazón, pero que nos obliha á meditar en la brevedad de nuestra

existencia, en lo efímero de los placeres mundanos, en la necesidad de pensar un poco más en lo inmaterial que en lo perecedero.

Cuando el cristiano siente el contacto de la ceniza que el ministro de Dios coloca en su frente, indicando con ella una pequeña cruz, el espíritu se remonta á altísimas regiones, á los ámbitos donde como sagrado imán atrae á las almas el Ser de los seres, y ante el egregio trono enumera sus desdichas, canta la magnificencia de Dios y ardiendo en efluvios de amor hácia el que lo puede todo, sincérase de sus maldades, llora sus yerros y comprende entonces que las ambiciones sentidas en el mundo, son como humo que dispersa la débil luz que extingue el más leve soplo.

. . . . . .

Mi alma, llena del más sagrado temor, informada por el deseo de agradar á su Dios, reconociendo la verdad de la muerte, la mentira de la vida terrena, elevóse, apenas experimentado el frío de la ceniza con que signara mi frente lleno de unción el diácono, y llegando ante la sublime magestad, despues de traspasar obscuras regiones fecundas en la duda y en las impiedades, así lloró mejor que habló, embargada de sentimiento:

«Señor; yo soy el alma que lucha con las contrariedades que ofrece el mundo; ese gran abismo donde me destinó tu supremo saber, para vivir animando á una criatura inmunda, cuya materia procede del barro aunque hasta hoy lo olvidara.—Angustias infinitas, torturas inmensas me abaten hoy al reconocer las miserias en que sumido estuve; perdóname, Señor.—Yo te veo al través de nubes de balsámico incienso, yo en tu faz sagrada los signos admiro de tu bondad característica, yo espero de tí, yo no dudo ni un punto de tu amabilidad infinita.—¡Era tanta mi obcecación! Engañado por las influencias del mundo, viviendo solo para vida terrena y miserable, olvidábame de mi origen, de mi fin me olvidaba; procedía del polvo mi material envoltura, había de volver al polvo y sin embargo se me ocultaba esa ley. Hoy, Señor, despierto por las frases, ejemplos de sobriedad y significación, que tu ministro me dirigiera, comprendí lo mísero de mi destino en las regiones del mundo, ese caos donde me pierdo entre negruras infinitas, ese lodazal en cuyas impurezas me arrastro. —Vuélveme á tí, Señor. La materia que me encarcela procede del polvo: vuelva á él. Yo tengo mi origen en tí: llámame á gozar de tu presencia.»

Llenaron las hermosas concavidades har-

monías celestes y angelicales himnos, como de justos que alabaran al Eterno, y entre las dulcísimas notas escuché una hermosa voz; esa voz decíame: «Espera».

. . . . . .

Al llegar á este punto volví á la realidad de la vida, abrí los ojos, miré en derredor mío. Mi cuerpo, la materia que había de volver al polvo, hallábase inclinada sobre el alto pedestal de gótica columna; incorporéme; me hallaba en el fondo de obscura capilla; ante el ara del altar que en ella lucía, habíame dicho el sacerdote, momentos antes, las palabras con que acompañara la acción de poner ceniza en mi frente. ¡Mi llegada al cielo había sido visión engendrada por el calor de una meditación profunda y soporífera!

Salí del templo y el céfiro fresco, al besar mi frente ardorosa, arrebató los átomos de ceniza que habían quedado adheridos á ella.

Pero el tiempo, ligero cual aire, en que viví desde aquel día, no logró arrebatar de mi mente los pensamientos que la meditación causada por las palabras del diácono habían esculpido con cifra indeleble en mi cerebro.

LLEGÓ LA HORA

Es un dicho que casi reviste los caracteres del aforismo, que los propósitos más firmes se deshacen, en momentos dados y apenas dejan rastro de lo que fueron.

Regístranse en la historia de la humanidad tantos datos de esa índole, que el más incrédulo en materia de firmeza de propósitos despreciaría para siempre sus convicciones ante la grandiosa elocuencia de los hechos.

Yo conocía á Ricardo y jamás pude dudar del concepto que me mereció su especial manera de ser; si alguno hubiese pronosticado delante de mí el cambio inesperado que ha-

bía de sufrir aquel carácter singular, hubiérame reido á buen seguro, creyendo perfectamente ilógico el vaticinio.

Había llegado Ricardo á la edad de treinta años, ese término medio de la vida del hombre, en que ya se mira con envidia á los muchachos y á los viejos con zozobra.

El rasgo más saliente de aquel carácter y de aquella voluntad de hierro, lo constituía el propósito de permanecer soltero y en oposición sistemática al consorcio matrimonial, ese lazo que atan los mortales con cintas de colores diversos, según pueda representar el celeste la calma de los cielos, ó el rojo las llamas del averno que soñara el bardo florentino.

Oí con harta frecuencia de labios de Ricardo comentar desdichadamente la situación del hombre casado, pretendiendo demostrar que el peor mal de los peores era caer ante las aras, pronunciando el sí de rúbrica.

Ocurrió no há mucho, que llegado el fin del año 189..., organizóse una fiesta familiar en casa de los Sres. de Valtemplado, acudiendo tal contingente de amigos y conocidos, que el saloncito era incapaz para tanta concurrencia.

Tratábase de echar las cédulas de año, tómbola que regocijaba sobremanera á los

jóvenes y hacía sonreir dulcemente á los señores de edad.

La señorita de la casa, Amelia, cumplía con todos, haciendo uso de la distinción que la era tan familiar (como dicen los revisteros de tertulias notables), y en la noche de referencia podía asegurarse que la tal señorita ostentaba su belleza con mayor realce que de ordinario.

Mi deudo, Sr. Lonvel, notable ingeniero de minas, tuvo el gusto de presentar aquella noche en casa de Valtemplado á Ricardo el solterón, el empedernido solterón que tanto y tan mal charlaba del matrimonio.

¿Y sabeis lo que hizo la casualidad en aquella noche?

Pues que salieran simultáneamente de las urnas que servían para los sorteos, las boletas donde se hallaban escritos los nombres de Amelia y de Ricardo.

Hubo quien se mordió el labio inferior con tanta gana, que á poco más salta la sangre; porque el parentesco, siquiera fuese de mentirillas, con la gentil Amelia, excitaba los deseos de más de un concurrente.

Pero como lo que depende de la suerte hay que dejarlo á merced de esta deidad voluble, cada cual tuvo que conformarse con la decisión del hado, sin protestar como apeteciera.

El donoso vínculo que unía en aquellos momentos á Amelia y Ricardo, fué motivo bastante para que ambos se acercaran y enhebraran la aguja de la conversación, dando tanta y tanta puntada, que no parecía sino que la labor era eterna.

Amelia, invitada por los amigos de la casa, levantóse al fin, y dirigiéndose al piano *Erard*, tocó una polonesa con tal gusto y exquisita manera, que Ricardo quedó aún más prendado de la gentil señorita.

Hay que advertir que Amelia no era una mujer vulgar; educada perfectamente, poseedora de los secretos de la distinción y la modestia, dejaba en todas partes un recuerdo grato, como deja blanca y prolongada estela la frágil barquilla que surca delicadamente las tranquilas ondas del Mediterráneo.

Pero hemos de advertir también que Ricardo poseía una educación refinada y que, por tanto, sabía corresponder maravillosamente á las manifestaciones de cultura que prodigaba la angelical señorita.

El Sr. Lonvel, que sabía las felices disposiciones de Ricardo, se atrevió á proponer, con esperanzas de éxito, que cantara aquel alguna peregrina romanza de las varias que sabía interpretar delicadamente con su bien timbrada voz de tenor.

Hizo poca resistencia Ricardo, si bien an-

tepuso sus temores de desagradar al auditorio; mas al fin cantó una *particella* de ópera de Verdi y una *barcarola* de Olona.

¡Ah, si los ruiseñores interpretaran sus arias con palabras, no cantarían en otros idiomas que en español y en italiano!

Desde el momento en que Ricardo supo electrizar á sus oyentes, hízose el héroe de la fiesta y todos fincaron punto en ser su amigo; pero él no ambicionó otra cosa que proseguir su conversación con Amelita.

Llegó la hora del baile, ese momento en que el hombre inmola su tradicional seriedad en aras de la musa retozona y la doncella parece desairar su honestidad, sin temor á que la profane el brazo que se ciñe á su delicado talle.

Parecía que las circunstancias, poderosos factores de acontecimientos, ansiaban precipitar la unión de Amelia y de Ricardo. El baile consolidó la impresión que las gracias de la señorita habían causado en el corazón de nuestro amigo, en aquél corazón inexpugnable y en aquél espíritu demasiado positivista.

Cuando Ricardo, algunas horas después, hallábase en el lecho, insomne y preocupado, dábase exacta cuenta de que sus propósitos tradicionales perdían mucha de la robustez

que los sostenía; no había duda ya, el corazón se había rebelado contra su tirano; pero el tirano pretendía seguir reduciendo á su víctima.

La lucha, pues, era gigante: mientras el propósito sistemático, propósito de escuela, hoy que cunden los excepticismos, luchaba por imponerse, el corazón latía á impulsos de un sentimiento, el más grande y el que más dignifica al hombre.

—«¿Qué dirían de mí mis camaradas—se preguntaba Ricardo,—si mañana me viesen dispuesto á la coyunda?»

Desechaba la risible idea de su imaginación; pero no tardaba en conocer que es perfectamente inútil trazarse una pauta en materias de afectos.

Pretendiendo lo contrario, Ricardo fué acrecentando poco á poco en su pecho la veneración que empezó á sentir por Amelia; y acabó...

Sus amigos se reían luego al ver que *había caido*; pero él les respondia con el aforismo adaptable al caso: «nadie puede decir de este agua no beberé.»

Es lo cierto que Ricardo no había caido; antes por el contrario se había levantado mucho ante los ojos de las personas sensatas, pues al honrar la virtud y el talento,

personificados en Amelia, hacía comprender que no eran vulgares sus sentimientos, ya que al llegarle la hora (que á casi todos los hombres les llega) había tenido el tacto de elegir á maravilla.

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO Diputación Provincial MALAGA

ÍNDICE

Cacería de red. 5
Ande la tijera. 17
El copo. 19
Les fréres double-croche. 25
Las malagueñas 31
El reloj 37
La magestad de impedidos. 41
La estátua de D. Gonzalo. 47
La obrera malagueña. 55
Una estocada 61
A retro 69
El album. 77
La hermandad del Calvario. 81
Fuera de la pecera. 87
Las biznagas. 93
Aguas buenas. 99
Epístola. 103
El soldado nuevo. 109
El bastidor y la bambalina. 113
Capítulo de novela. 139
El curita nuevo. 149
Los gustos. 177
Polvo eres. 181
Llegó la hora. 185

R. A.
URBANO
MULTICO
LORES

FAN
XIX
500